

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 118 - Octubre de 2020 - Distribución gratuita www.universocentro.com





El precedente eterno

Los discursos políticos apelan casi siempre a una memoria emotiva, son una especie de álbum de imágenes e ideas que marcan una realidad. Muchos de ellos invocan el cambio mientras evocan viejos tiempos. Otros, los más conservadores, ni siquiera se interesan por hablar del futuro, tienen muy claro un pasado que marca las obligaciones propias y ajenas, que señala sus victorias, que repiten la gesta de sus elegidos. La estatua es su aspiración, no el afiche deleznable sino el bronce. Y quieren los viejos temores, los combates con el enemigo elegido de antemano y la estrategia ya ensayada.

Hace cerca de un año y medio la Corte Constitucional dejó claro que las objeciones a la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) no habían logrado mayoría en el Congreso. El presidente Duque firmó entonces, con un puchero, la ley estatutaria que reglamentó la justicia transicional. Muy pronto esas objeciones, que eran un punto de honor, se convirtieron en un asunto menor, una anécdota en medio de los retos y las dificultades por venir. Pero la JEP ha regresado como estrategia del gobierno y del Centro Democrático. Hace una semana el expresidente Uribe habló de la necesidad de un referendo para derogarla, y un día después la senadora Milla Romero, reemplazo de Uribe en el Senado, radicó un proyecto de reforma constitucional con ese mismo objetivo. La intervención de Romero tiene sus paradojas. En su referendo fracasado de 2003 una de las reformas propuestas por Uribe tenía un párrafo para recordar: “La renuncia voluntaria no producirá como efecto el ingreso a la corporación de quien debería suplirlo”. La intención era luchar contra la corrupción y la politiquería.

Pero ese paso de la resignación al ataque con el papel de la JEP solo indica que el gobierno, a poco menos de dos años de terminar su mandato, es ahora un simple ejecutor de la estrategia electoral para 2022. La falta de norte y liderazgo hace que el gobierno sea hoy un comité de campaña, sus decisiones tienen que ver más con el cálculo electoral que con los posibles logros y políticas públicas.

El partido del presidente solo tiene un blanco posible, no logra encontrar un mejor enemigo que el acuerdo contra el que luchó durante más de cuatro años desde la oposición. Es claro que para el CD no vale la pena intentar un nuevo alegato, proponer un tema urgente, renovar la pugna política o señalar los resultados del gobierno en ejercicio. Cuando se tiene un libreto aprendido, un público que lo celebra y su mejor actor es incapaz de seguir otro guion, no hay mejor alternativa que apelar al conocido grito de batalla, a la mnemotecnía colectiva. De modo que el gobierno y el CD recuerdan hoy a los canales de televisión que repiten las novelas exitosas del pasado. Pasión de gavilanes... y de halcones.

Lo más sorprendente es que parece que el gobierno celebra algunas de sus derrotas para encontrar pretextos e invocar su viejo pregón. La imposibilidad de la fumigación con glifosato, la necesidad de limitar el derecho al libre desarrollo de la personalidad de quienes porten o consuman drogas, la urgencia de reformar las cortes y la ilusión rota de un cambio en Venezuela son las grandes frustraciones y las eternas herramientas de Uribe, su partido y su gobierno en cuerpo ajeno. La aparición de Márquez y Santrich es otra de las bendiciones para el gobierno, los peligrosos “atentados” en forma de cartas públicas entregan la posibilidad de alzar la voz

y exhibir el camuflado, el consejero presidencial para la seguridad, Rafael Guarín, lo tiene muy claro: “La segunda Marquetalia no es nada distinto que el narcotráfico y los crímenes atroces de la primera. Es la continuidad de la misma estrategia de terrorismo y narcotráfico. Nada nuevo. Vino viejo en odres nuevos”. La sigla mágica vuelve a aparecer en boca del gobierno: “En realidad nunca se desmovilizaron las Farc”.

El discurso del Centro Democrático ha dejado de hablar de seguridad, incluso el expresidente Uribe no mencionó la palabra en su reciente proclama electoral luego de la libertad decretada por la juez de garantías: los asesinatos de líderes sociales, el crecimiento de las masacres y el aumento de la producción de coca en el último año han hecho que desapareciera el término que antes era un mantra del uribismo. Pero es necesario reemplazarla por uno que esconda las debilidades del ejecutivo y magnifique las amenazas. Luego de las protestas en Bogotá sacó de la manga la palabra “terrorismo”, un comodín que sirvió durante más de una década. De un momento a otro el ELN se convirtió en organizador de un estallido espontáneo por la violencia policial y el comisionado de paz, Miguel Ceballos, habló de “terrorismo urbano” y de un “nuevo teatro de guerra”.

Mientras tanto el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, habla en La Florida de los peligros del castrochavismo y señala el rumbo colombiano como ejemplo. El gobierno Duque celebra la exportación de su discurso añejo, ahora sus congresistas asesoran la campaña republicana y Pacho Santos tira línea en Washington. Mucho ha cambiado en Colombia desde 2002, pero el discurso se resiste y la política muestra que puede ser inmune a la realidad. ☺

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 118 - Octubre 2020

Versión digital

universocentro@universocentro.com

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



universo
centro

Juan Carlos enésimo

por JUAN CARLOS ORREGO • Ilustración de Verónica Cardona

Hasta hace muy poco, yo creía que tenía el nombre más común del mundo hispanico. En el colegio, año tras año, yo era indefectiblemente uno entre media docena de tocayos: Juan Carlos Agudelo, Juan Carlos Arboleda, Juan Carlos Múnera, Juan Carlos Ortiz, Juan Carlos Orrego y Juan Carlos Vásquez, e incluso alguna vez hubo un Juan Carlos Urrego, a quien, por fortuna, todos conocían como el Burro, sin posibilidad alguna de ambigüedad. Después, en la carrera de antropología de la Universidad de Antioquia, pasé a integrar la plantilla en la que ya estaban registrados Juan Carlos Álvarez, Juan Carlos Carmona, Juan Carlos Pimiento y Juan Carlos Restrepo, y, dado que yo era el más joven y vulnerable de todos, algún guasón intentó distinguirme con un apodo infamante surgido cierto día turbio del final del segundo semestre: Juan Borracho. Pero el remoquete jamás prosperó, y yo terminé siendo, según la nomenclatura al uso en la universidad, nada más que Juan Orrego, u Orrego, a secas.

Hará cosa de un año, mi hijo menor —Juan Manuel— me sorprendió con la idea de que yo tenía un nombre muy raro. Reaccioné, primero, riéndome, y luego recitándole la lista de mis antiguos condiscípulos: Juan Carlos Agudelo, Juan Carlos Arboleda... Pero mi hijo, sin perder la compostura, me golpeó con un argumento contundente: en su colegio no había ningún estudiante con ese nombre, o por lo menos él no había conocido el primero desde 2010, cuando entró al grado Jardín. Inquieto, mientras balbucía protestas vagas —como acusarlo injustamente de mala memoria—, hice un repaso atropellado de mis recuerdos de profesor universitario y descubrí, sobrecogido, que Juan Manuel podía llevar algo de razón: apenas asomaban dos Juan Carlos en los últimos quince años, con el agravante de que uno de ellos, Juan Carlos Hernández, era tan viejo como yo.

Un rato después, a solas, me concentré en repetir mi nombre de pila una y otra vez, y no tuve que decirlo muchas veces para sentirlo extraño. Pero que se entienda: esa extrañeza no se concretaba en dejar de percibirlo como una palabra con sentido —como cuando nos empeñamos en decir mango cien veces—, sino en parecerme un nombre raro e inarmónico, forjado con un criterio ajeno al de la estética y hábitos castellanos. Juan Carlos se me antojó tan aparatoso como los nombres portugueses Roberto Carlos o Manoel Carlos. Pensé que, en su uso más común, Juan era la primera parte de nombres rematados con un elemento singular —Manuel, Felipe, David, Crisóstomo, Evangelista—, al tiempo que Carlos acostumbraba ser, también, la raíz en nombres como Carlos Alberto, Carlos Andrés y Carlos Julio. Así que, de una manera más o menos audaz —si no caótica—, Juan Carlos venía a ser la juntera de dos primeras partes. Era un nombre sin solución de continuidad, por decir lo menos.

El Juan Carlos más viejo que he conocido en persona se llamaba Juan Carlos Gaddi, un ebanista bonaerense que vivió en mi casa durante dos meses de



1988. Mi madre se había inscrito en un programa del Sena para hospedar, durante lapsos como ese, a diversos artesanos latinoamericanos, quienes venían a Colombia para capacitarse en ciertas técnicas del torneado de maderas. De tal suerte, por los tres cuartos sobrantes de mi casa pasaron, además de mi tocayo, dos guatemaltecos, dos hondureños, un nicaragüense, un dominicano, un uruguayo, un chileno y un bogotano, quien, solo por no tener pasaporte extranjero, nos cayó gordo desde el primer día. Juan Carlos Gaddi era un setentón altísimo, de ojos claros y pelo blanco lacio, bondadoso como un monje budista. Vestía invariablemente con bluyines y camisa de manga corta, y no se quitaba de encima unos Converse negros que lo hacían parecer un filósofo hippie. Mis hermanos y yo calculábamos que habría nacido entre 1910 y 1920, esto es, que era más o menos contemporáneo del único Juan Carlos añejo que, aun hoy, podría sumar a la lista: Juan Carlos Onetti, el escritor uruguayo nacido en 1909, autor de las sórdidas novelas *El pozo* y *Juntacadáveres*. Solo ahora se me ocurre pensar que la combinación sea realmente una fórmula portuguesa, João Carlos, infiltrada, como el contrabando y las bandas de *gaúchos*, a través de la frontera brasileño-uruguayo, e irradiada poco después, en su versión española, en la zona del río de La Plata.

Cualquiera sea el origen del nombre de pila del buen carpintero y de su tocayo escritor, no hay que ser un historiador erudito para saber que mi nombre y el de todos mis compañeros de estudio viene de otro lado: la fama precoz de Juan Carlos I de Borbón. Durante su mando falangista, Francisco Franco había tratado con miramientos a la familia real, de manera que el restablecimiento de la monarquía se antojaba como algo más que una promesa; y, dado que el heredero directo de la corona, Juan de Borbón y Battenberg, había roto relaciones con el dictador en 1949, su joven hijo Juan Carlos se perfilaba como el futuro rey. De ahí que su matrimonio con Sofía de Grecia, el 14 de mayo de 1962, se convirtiera en un sonado hecho de la farándula mundial. Mi madre tenía, a la sazón, once años, y, como todas las niñas y adolescentes del orbe hispanoamericano, hizo de la boda principessa el tema preferido de sus juegos de muñequero (y no solo las niñas, sino también las mujeres próximas a parir, como la mamá de mi amigo Juan Carlos Pimiento, nacido en 1963). Puedo hacerme una idea del furor monarquista de mi madre con base en la similar fiebre que la acometió el 29 de julio de 1981, cuando se casaron Carlos de Inglaterra y Lady Di. Yo estaba por entonces en primero de primaria, y me llamaban, para bañarme, poco antes de las 6:00 a. m., salvo

ese día, en el que estuve despierto desde las 4:30, que fue la hora en que mi madre encendió el televisor.

Según cuenta mi progenitora, el nombre Juan Carlos le gustaba muchísimo desde soltera, y soñaba con tener un hijo para ponerlo así. Ese deseo se vio azulado el 22 de julio de 1969 —entonces mi madre no ajustaba un mes de casada—, cuando las Cortes Españolas nombraron a Juan Carlos de Borbón como príncipe de España, con la aquiescencia de Franco. El destino, sin embargo, quiso que el primer fruto de mis padres fuera mujer, a quien llamaron Martha Cecilia, quedando Juan Carlos en forzosa reserva. El segundón nació en 1972 y fue hombre, pero entonces ocurrió algo inaudito. Como se sabe, las gestantes suelen albergar ideas, sensaciones y gustos extraños, que algunos, quién sabe con qué grado de razón, han atribuido a deficiencias transitorias de hierro en el organismo materno, o a cuadros específicos de malnutrición. Como quiera que sea, mi madre sufrió un trastorno obsesivo con el nombre de un vecino del barrio El Congolo, en Bello: un tal Hernando Alberto Ramírez, que no sé a qué se dedicaba. Tanto se obcecó ella con esa fórmula que se olvidó del viejo proyecto de tener un hijo con el nombre del príncipe español, y por eso fue que vino a existir, en casa, un Hernando Alberto Orrego. Cuando nació yo, a principios de 1974, la familia esperaba una niña que habría de llamarse Beatriz Eugenia. Era una época sin ecografías, confiada a los pronósticos de las abuelas y las viejas agoreras, a quienes se tenía por infalibles. Por eso, cuando yo asomé al mundo con pene y testículos, nadie estaba preparado para asumirlo. Hubo que pensar, con afán, en un nombre masculino, y nada tan natural como escuchar entre las reservas de la alacena, donde lo único que había era —mondo y lirondo— un Juan Carlos. Así me llamé ante el notario tercero de Medellín, y así lo ratificó el padre Peña, en la parroquia de Santa Catalina Labouré, el 26 de mayo de 1974. Un año y medio después, el 22 de noviembre de 1975, la monarquía fue restablecida, y de golpe y porrazo vine a tener nombre de rey.

Con su pan se lo coman los monarcas. Me basta con saber que mi nombre, común y silvestre, es el de otros; pero incluso he descubierto que puedo aceptar, sin problemas, su eventual extrañeza: si soy sincero, no deja de agradarme esa pátina de singularidad que mi hijo puso sobre esas dos palabras. Con lo que no puedo es con el desprestigio que, en las últimas décadas, Juan Carlos I de Borbón ha arrojado sobre sus tocayos. Ningún Juan Carlos que se precie aceptaría de buenas a primeras que su nombre derivara de la fama de quien, hoy en día, es visto sobre todo como un político corrupto, defraudador del fisco de su país y, para colmo, descarado cazador de elefantes. Por eso, de un tiempo para acá he echado mano de una mentira inocua: a todo el que ha querido saberlo, le he dicho que mi madre era una fervorosa lectora de Juan Carlos Onetti; que a los once años se leyó *El pozo* y *Juntacadáveres* como si se tratara de cuentos de hadas, y que soñaba con tener un hijo para ponerle el nombre del escritor. ☺

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

— Santiago Rodas

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

Los fantasmas de Macanal

por SIMÓN MURILLO MELO • Ilustración de Tobías Arboleda

Cuando tenía cuatro años murió mi abuelo Moisés. De él no recuerdo casi nada: un viejo que alguna vez me abrazó debajo de un curazao como el que tengo ahora en el balcón. Tuvo ocho hijos con mi abuela Bertha. Hizo casi toda su vida en Medellín, fue rector de algunos colegios, maestro de muchos y abuelo de otros. Aquí vivió con su familia —en Villa Hermosa, en El Estadio, en La Ceja, en el apartamento en el que escribo esto—, pero nació en un pueblo boyacense que jamás he pisado y donde sus hermanos mayores, Tránsito, Seferina y Heliodoro, que sumaban más de doscientos años, murieron apuñalados y ahorcados sobre el primer patio embaldosado que conoció Macanal.

Macanal es un pueblo del valle de Tenza fundado algunos años antes de la independencia y que hoy no llega a los cinco mil habitantes. Pequeñas fincas, algunas minas de esmeralda arriba en la montaña, cultivos de maíz que reemplazaron la papa con la llegada de la represa de Chivor que bordea al pueblo por un lado y por el otro, las últimas estribaciones de la cordillera oriental. Unos kilómetros más abajo se llega a Campohermoso, y de ahí, a los Llanos. Unos kilómetros más arriba empieza la subida hasta Garagoa, y de ahí, a Tunja o a Bogotá. A finales de los setenta se construyó la represa de Chivor y, con ella, la primera carretera pavimentada. Unos años antes de morir desangrada, Seferina Melo se opuso a esa carretera, alegando que iba a ser la entrada definitiva de los vicios a ese mundo remoto que era su hogar.

Patricia, mi mamá, la menor de la cochada, y su hermano Álvaro, el séptimo, estuvieron unos días en el pueblo en 1972. Y a pesar de la represa, que como una ballena encallada se construía en el fondo del valle, mi abuelo les dijo a sus hijos que el pueblo estaba igual a cuando él nació, en 1912. Patricia y Álvaro fueron los últimos hermanos Melo en visitar Macanal, terminando una tradición que había empezado con sus hermanos mayores, más de veinte años atrás.

Durmieron donde Seferina y Tránsito, en una casona en la única intersección de cuatro esquinas del pueblo. Un laberinto de escaleras, habitaciones y recovecos con algunos bombillos como fantasmas, una casa viejísima llena de muebles más antiguos que las dueñas y una habitación con un montón de *Selecciones* del Reader's Digest para una aburrición que los niños recordarían toda la vida. Por la noche, los bombillos se apagaban y la oscuridad de la casa se tragaba la oscuridad del valle y mi mamá llamaba a Bertha, la suya, para que la acompañara en ese baúl inmenso.

Más de cuarenta años después, Álvaro volvió de vacaciones. Como su padre lo dijo cuarenta años antes, el tiempo se había aplanado en Macanal. “Me pareció un pueblo muy insulso y no me trajo ningún recuerdo del de mi adolescencia. Era como si fueran dos pueblos distintos, a pesar de que no ha cambiado mucho: algunos baldosines, algunos colores diferentes”. Era Macanal entonces, y es Macanal ahora, un pueblo de cinco

cuadras: un parque municipal que hasta hace no mucho era una manga, una iglesia, casas de tapia. Falda abajo, la ballena se había convertido en embalse.

En el parque, la iglesia y la fresquería que fue la farmacia y tienda de ataúdes de Helena Melo hace más de cincuenta años; detrás de la iglesia, la casa de Seferina, y enfrente, la de Heliodoro. A una cuadra de distancia, el estanco de Pacho Melo y el estanco de Agustín Gutiérrez y Elisa Melo. Diagonal a ellos, la casa del primer Moisés, el patriarca de la familia.

Moisés, mi abuelo, era hijo del primer Moisés, quien llegó a Macanal en el siglo XIX, probablemente de Chinavita, a ocupar un cargo oficial. Se quedó, se casó con Mercedes, fue varias veces alcalde, dejó descendencia. Dos de sus hijos, Moisés y Heliodoro, serían los primeros de la familia en ir a la universidad, ambos a la recién fundada Escuela Normal de Tunja. Y si Moisés buscó fortuna en Medellín, Heliodoro haría amistad con políticos en Tunja y en Garagoa y sería, ya para los años treinta, la cabeza de Macanal: el godo más godo del pueblo, siempre de sombrero, traje de tres piezas y revólver plateado.

Heliodoro fundó con otro patriarca el colegio de Macanal, dio discursos en la plaza, fue alcalde, militar, profesor de escuelas y universidades, tuvo algunas tierras por Boyacá. Cuando se permitía algún ocio caminaba por la cordillera sobre la que colgaba el pueblo. Debajo, la finca de Helena, orgullosamente casi de recreo, bordeaba el río Garagoa, que después sería represa, y en varios diciembre podía encontrarse a Heliodoro aflojando la corbata para hacer un picnic con sobrinos lejanos.

Seferina había comunicado la casa vecina con la suya, donde operaba en el ángulo de la calle la última de las tiendas de los Melo. Durante más de tres décadas vendió muebles, ropa y comida. Eso sí, un campesino no podía comprarle ciertas cosas que un primo Melo, u otro miembro de la diminuta burguesía, sí. “No, no, eso no es pa usted”, decía antes de quitarle una lámpara o una tela a alguna potencial compradora. Con el dinero de la tienda, muchos años antes de morir, Seferina embaldosó el patio de su casa. A cientos de kilómetros del mundo real, los Melo cargaban con un prestigio balzaciano de ricos de pueblo diminuto.

Y así como las familias balzacianas y como tantísimos clanes de la historia patria, los Melo cabalgaban a lomos de un modesto prontuario. Una leyenda —quizá cierta y quizá falsa— cuenta que Luis Melo, hermano de mi abuelo, quien presumía de levantar una mesa con los dientes, desapareció en medio de un lío de tierras a comienzos del siglo XX. Una médium encontró el cuerpo y convenientemente acusó a la familia rival: los Morales. Días después, Marco Antonio Melo, hermano menor de mi abuelo que todavía no llegaba a los dieciocho, supo que el responsable de la muerte de su hermano era Próspero Morales. Un día que este había salido con plata del pueblo a comprar pólvora a Guateque para celebrar la llegada del obispo de Tunja a Macanal, Marco Antonio esperó en

un estanquillo a que pasara en su cabaño y lo invitó a que se tomara una amargosa con él.

—¿Usted qué trae ahí? —le preguntó.
—Unos fuegos para celebrar al obispo —contestó.

Marco Antonio forzó a Próspero a largas rondas de cerveza. Tal vez el viejo sintió que si paraba de tomar el muchacho lo mataría. Pero Marco Antonio no lo mató sino que, uno a uno, lo obligó a botar todos los fuegos destinados al obispo en el cielo de la tarde. Muertos de la vergüenza —y seguramente de miedo—, Próspero y los Morales salieron de Macanal al día siguiente.

—Era un mundo bastante, digamos, alejado de nuestro mundo actual —me dijo Moisés, el Mono, hijo y nieto de Moisés, el segundo de los hermanos y quien junto a su hermano Jorge Orlando, el primero, fueron los primeros de la casa en pasar vacaciones allá.

Después de casi un día entero de viaje, los niños alcanzaban a ver desde el balcón de la casa de su abuelo las peleas que se armaban en el bar de Agustín: cuchillos, machetes, tiros al aire y al otro. Macanal era un pueblo conservador, con unos pocos liberales que a veces terminaban asesinados y con muchos hombres que, independiente de la afiliación partidista, bregaban a matarse.

—En ese entonces la violencia era una cosa que uno piensa ahora como el viento o la lluvia —me dijo Moisés.

Como la luz eléctrica y las carreteras pavimentadas, la serie de horrores que amasaron el país solo acariciaron al valle de Tenza; no una tormenta, sino una llovizna constante de campesinos a quienes, heridos a machetazos y escopetazos, bajaban del monte en camillas armadas con guadaña y una ruana. Los auxilios eran sencillos. En una ocasión a Moisés, de ocho años, lo mandaron corriendo en busca de la telefonista del pueblo, que recogía yuca en su finca, para que llamara a Garagoa por una ambulancia. El herido de turno esperaba aterrizado en el puesto de salud, justo enfrente y a plena vista de la tienda de ataúdes de Helena Melo.

El dentista del pueblo operaba una silla con torno de pedal, andaba a todas partes enfriado y terminó tendido de un tiro en el parque del pueblo. La mujer de Pacho era experta en desarmar a los comensales que sacaban sus cuchillos a la hora de los ruidos. Helena cargaba revólver, y Tránsito guardaba el suyo, junto con la plata, en una diminuta cartera.

Por supuesto, los Melo mantenían a la muerte, como esas otras malas costumbres que temía Seferina, a una respetuosa distancia. Si uno se descuidaba, las esmeraldas y la catástrofe podían aparecer en el río de la finca. El viento o la lluvia arreciaban, escampaban, mojaban bobos y la vida seguía.

Y como en tantas cosas, los muertos no impedían que Macanal fuera un pueblo amable para los niños Melo. Si en Antioquia “los niños no eran ningún ser superior y los adultos nos trataban un poco a las patadas”, en Macanal los campesinos, la mayoría indígenas perdidos, les ofrecían un dulce y los



llamaban “mi amito”. Lógicamente, nadie daba órdenes. Tránsito, diminuto, de trenza y especialmente dulce, se pasó la vida entregada al único hogar que conoció. Para muchos visitantes las mañanas de Macanal, incluso cuando la cocinera ya pasaba de los ochenta, fueron una combinación fastuosa de amasijos boyacenses, changua, chocolate, sabajones y montones de parva hecha en un gran horno de leña.

Por las noches se iba a la casa de Helena, se bailaban vallenatos, y cuando se congregaba la banda municipal de todas las veredas, los músicos dormían en esteras en la casa de Seferina. A veces se mataba un chivo o un cerdo que Tránsito asaba enteros. Los fines de semana se caminaba por el amado campo de Heliodoro y se tomaban baños en las pequeñas quebradas que bajaban la cordillera.

En 1953 o 1954, entre idas a la quebrada y búsquedas del tesoro, Moisés vio congregarse en la plaza del pueblo una de las contraguerrillas promovidas por el gobierno de Rojas Pinilla. Llamadas guerrillas de la paz andaban detrás del ejército y la policía desyerbando

impurezas políticas y aprovechando para saquear y violar lo que quedaba al paso de las fuerzas oficiales. Unos veinte o treinta adolescentes liderados por el primo Luis Melo, de dieciocho años, escucharon un discurso de Heliodoro contra el liberalismo y el comunismo y portaron por primera vez las armas recién bendecidas por el cura del pueblo.

Moisés corrió detrás de ellos como “recluta”, se arrastró por el barro debajo de alambres y disparó una pistola. Al día siguiente, los soldados partieron camino a los Llanos y algunos meses después volvería Luis con algo de dinero y ganado. Luis, quien era hijo del Luis levantamatas muerto a manos de los Morales, invertiría el destino de su padre y huiría de Macanal unos años después de matar a un parroquiano en una pelea.

Después de la muerte de su madre, Tránsito se mudó donde su hermana, y con los años serían ellas las últimas hijas del patriarca Moisés en el pueblo. Seferina continuaba con el almacén. Él recibía patojitos lejanos y sacaban la changua y el sabajón. Cuando su hermano Moisés volvió al pueblo en el

72, Seferina insistió en entregarle un gran fajo de dinero, como si el sesenta siguiera siendo el pequeño hermano menor.

Su reputación de viejas adineradas creció en el pueblo. Alguien, o algunos, entraron a la casona. Removieron algunos muebles y cavaron en el patio en busca de un guaca con la fortuna de Seferina. Heliodoro, quien para entonces ejercía de viejo ilustre en Tunja, preocupado por el robo, volvió a Macanal.

Lo que sigue es todavía oscuro. Una diminuta monografía del 2005 habla de las “muchas versiones de los sucesos contados”, de las “especulaciones en la población” y remata con: “A él y a sus hermanas los mataron a cuchilladas. El crimen fue político. En él participaron el alcalde del pueblo, alumnos y deudores del señor Melo, quien era muy apreciado por los campesinos a quienes él defendía de las injusticias de los gobernantes”. ¿Eran el laureanista y la prestamista del pueblo defensores secretos de la justicia social? Un primo lejano, periodista de extrema derecha y nieto de Heliodoro, habla del “odio” de

los estudiantes del colegio hacia el viejo, quien era todavía una fuerza rectora, y de la responsabilidad del M-19 en el crimen porque los asesinos escribieron la señal del partido en una pared con la sangre todavía fresca de los viejos.

Pero no sé si algo de eso es cierto. Diecisiete años antes de que yo naciera, ocho después de la última visita de los hermanos Melo, casi setenta del nacimiento del segundo Moisés y unos cuantos después de la construcción de Chivor y la carretera que temía Seferina, el 4 de mayo de 1980, Patricia contestó el teléfono. Desde entonces, los testimonios, los recuerdos, la verdad, se han convertido en una masa confusa de datos, versiones de oídas e invenciones de la memoria y el tiempo. Como la aristocracia aindiada, el revólver plateado, el cariño de tía, como dos casas convertidas en una y el valle convertido en represa, las historias ya no son de los tres viejos que alguna vez fueron jóvenes, ni de los hijos de Moisés, ni de los hijos del otro Moisés, ni del único hijo de la que contestó el teléfono.

Después de haber asistido al culto nocturno en la iglesia del pueblo, los hermanos se encaminaron hacia su casa. Encontraron ahí a unos hombres que apuñalaron decenas de veces a Seferina y a Heliodoro, quienes murieron desangrados sobre las baldosas. Tránsito pudo llegar al segundo piso, donde agarró el revólver que llevaba años sin disparar y que tampoco disparó esa noche: ella murió en las escaleras, ahogada por una cuerda. Los muchachos, después de rebuscar entre las pertenencias de los viejos, robaron algunas cosas, encontraron un licor y se quedaron ahí, en la casa, un tiempo más.

Moisés, esta vez mi abuelo, salió para el pueblo acompañado de una de sus hijas y el novio de la época. Días después del funeral que congregó a todo el pueblo, unos estudiantes de bachillerato alardearon con la plata robada. Fueron capturados y confesaron haber sido pagados por el alcalde, Elías Góngora, un político que le debía una plata a Seferina. Los responsables pagaron algunos años de cárcel.

Mi abuelo fue el albacea del proceso y estuvo tanto tiempo en el pueblo, ocho meses, que Bertha pensó que se había separado de ella y vendió el carro de la familia. ¿Qué hizo el profesor durante tanto tiempo en ese pueblo casi vacío del que había escapado hacía tantos años? Nunca volvería a Macanal.

Heliodoro no le dejó su nombre a nada: ningún colegio, ninguna calle. Pero en Boyacá lo conocen todavía como “el fantasma del señor Melo”, un alma en pena, seguramente de sombrero, que se aparece entre las sombras de la luz que por fin llegó. Ni el M-19, ni el dentista del pueblo, ni el río de campesinos moribundos se ganaron el honor de acechar Macanal: solo el prócer del valle de Tenza alcanzó la inmortalidad.

Esta historia es absurda: unas solteras atrapadas en un pueblo gótico sin nombre que murieron bajo la luz de la luna en una olvidada mansión boyacense. Sé que es cierta porque muchos me lo han dicho, porque si se va a Google Maps, la primera casa con el patio embaldosado de Macanal ya es un lote emalezado: hace años, no sé cuántos, la tumbaron. De las hermanas del señor Melo no sobrevive su nombre en la leyenda, como tampoco sobrevive una foto; así, la trampa de la muerte y el olvido me marcaba el camino en el que terminaría esta historia y volvería a mi mamá, quien me la contó por primera vez, y esta vez sería una niña agarrada a su propia madre, perdida en ese oscuro laberinto que fue testigo de tantas cosas. Pero no es así. Seferina y Tránsito hace mucho tiempo que dejaron de ser fantasmas y tal vez, por fin, ya no estén en Macanal. ©

EL MOTÍN DE CHAPINERO

A finales de 1891 llegó a Bogotá Jean-Marie Marcelin Gilibert, militar francés de 32 años y 1.63 de estatura. Venía de la ciudad de Lille donde era comisario de quietudes. Lo primero que hizo fue filar 450 agentes que supieran leer, escribir y contar, todos con complexión robusta, buenas maneras y carácter firme y suave. Parecían describir más a capellanes que a policías. Marcelino Gilibert, como se le bautizó en confianza, pidió un fusil Remington para cada hombre y comenzó a enfrentar el desorden de las chicherías, la desobediencia, la embriaguez, las riñas, la vagancia, los robos y el peligro de los adolescentes sin domicilio. “El motín de Chapinero” cuenta la historia de una pelea de gallos que casi termina en tropel popular. Fue el recibimiento a Gilibert, tanteo de espuelas en una ciudad encendida por la política, el

Las corridas de gallos en Bogotá eran sagradas. Todos los sábados, y todos los domingos en la tarde, se lanzaban gallos al ruedo, también entre semana, pero con efervescencia durante las fiestas, especialmente en las de San Juan y San Pedro. La fiesta de San Juan comenzaba en la víspera del 23 de junio, y los festejos se prolongaban por lo general hasta la celebración de San Pedro, el 29 de junio. Los aficionados a los gallos eran variopintos, no solo en las fiestas, sino también los fines de semana; según gallera, podían provenir de todo grupo social. Tal vez los seguidores más afamados fueron los hermanos antioqueños Juan Manuel y Manuel Antonio Arrubla, prestigiosos e importantes constructores. Entre muchas de sus obras, edificaron las Galerías de Arrubla al costado occidental de la Plaza Mayor en Bogotá, donde también se encontraba una importante gallera, conocida como la “gallera nueva”, que reemplazó a la antigua. La gallera Arrubla se abrió al pueblo en 1852 y, por el periódico *El Pasatiempo*, se sabe que tenía “baños cómodos i aseados, salas de billar, departamentos para ropilla i otros juegos permitidos, i café o cantina, en que se sirve regularmente”.

A pesar de la arraigada y festejada costumbre, en el San Pedro de 1892 las corridas se prohibieron mediante una orden pronunciada el 28 de junio por Jean-Marie Marcelin Gilibert, militar francés, con heridas y medallas, que hacía seis meses había asumido el mando de 450 hombres con el fin de crear una policía “moderna”. La prohibición estaba destinada a evitar las famosas riñas que se realizaban tradicionalmente el día del santo.

Entretanto, la policía enviaba con urgencia agentes a todos los lugares conocidos por las corridas. Se destinaron doce agentes a La Espiga de Oro y cinco para cada uno de los siguientes lugares: Puerto Alegre, Tres Esquinas, Puerta Grande, La Aguas, La Grúa, San Diego y Egipto. Era claro que en algunas galleras se pretendía ignorar la prohibición por contar con una licencia del alcalde de Bogotá.

El alcalde para ese entonces era nada menos que Higinio Cualla, burgomaestre

de la ciudad durante dieciséis años y primo de Rafael Núñez. Dichas licencias del alcalde eran respetadas por los poderes municipales encarnados por los inspectores, entre ellos Cristino Gómez, en Chapinero, pero no por parte del cuerpo policial que desde 1891 obedecía las directrices del director de la Policía. Con base en la licencia del alcalde y del inspector, en La Espiga de Oro se hizo caso omiso a la norma de la policía y “a eso de las 4 p[m] viendo al dueño de aquel establecimiento” arrojaron los gallos a la lidia para que se despedazaran entre ellos, hubo motivo suficiente para que los apresaran. Después de este episodio, los doce agentes presentes en La Espiga de Oro fueron citados con carácter de urgencia para que se trasladaran a Chapinero, en apoyo a la policía.

Antes de preguntarnos qué estaba sucediendo en Chapinero, tratemos de reconstruir qué era lo que según la policía no debía suceder. Aunque ya tenemos una pequeña prueba por los sucesos en La Espiga de Oro, tratemos de acercarnos e imaginar posibles escenarios. La prohibición es algo que impide; por tanto, que esta historia también gire en torno al no-suceso. ¿Qué pudo haber sido, pero se quiso prohibir? No lo sabemos, pero podemos conjeturar a través de otras fuentes que nos dan las pistas para entender las corridas de gallos en la fiesta de San Pedro y así captar mejor las razones de la prohibición.

En *Reminiscencias de Bogotá*, obra escrita por José María Cordovez Moure (1835-1918) y dirigida, muy probablemente, a la alta burguesía, se describen las festividades de San Pedro. De su pluma escuchamos que en varias regiones sudamericanas la población se dedica durante dicha fiesta a las “diversiones en que reina el buena humor y las más absoluta franqueza y cordialidad”, pero, para su gusto, no sucedía así en “Santafé de Bogotá y sus alrededores”: “No ha llegado a nuestro conocimiento la ejecución de hechos más crueles, brutales y repugnantes como los que tienen lugar con motivo de lo que aquí llaman celebrar el San Juan y el San Pedro”.

A continuación, Cordovez Moure pasaba a describir las prácticas que no eran, necesariamente, lo que podríamos

mugre y los arrebatos morales. Unos meses después de ese amago, a mediados de 1893, vendría el verdadero motín en Bogotá. Los artesanos se levantaron contra la prensa conservadora que los tildaba de “ignorantes, viciosos y sin estímulo por el honor (...) trabajan cuando quieren y como quieren, ganan lo del día y algo más para beber el domingo y el lunes”. Durante tres días y apoyados por “la plebe”, destruyeron cuatro de las seis comisarías de la ciudad, liberaron seiscientos mujeres presas, atacaron las casas de los godos, mataron a dos policías y arrasaron un convento. Los disparos de los Remington dejaron más de cincuenta muertos y decenas de desterrados a Costa Rica por alentar el alboroto. Les dejamos la antesala, el calentamiento de un motín muy bogotano: sin apuntar, ¡dispáren!

llamar una corrida clásica, pero que, en apariencia, también se realizaban el día de San Pedro. Según cuenta el autor, en una de ellas se clavaban dos postes largos a una distancia de cinco o seis metros y se fijaba un rejo en los extremos. La distancia entre los dos maderos y entre el rejo y el piso debía ser suficientemente amplia para que varios jinetes pasaran cabalgando, a galope, pero tampoco podía ser tan generosa, so pena de frustrar la adrenalina de la contienda. Enseguida se enterraba un gallo vivo con la cabeza fuera de tierra y una parte de “los protagonistas se arman de estantillos para defender el gallo de los furibundos mandobles que con machete afilado le asesta un hombre o una mujer de vendados”. En caso de atinar el golpe y si el “asaltante [logra cortar] la cabeza del gallo, éste pertenece al que lo decapita”, aunque algunas personas salían malheridas por machetazos y se generaban toda clase de trifuleas.

Según las élites, en estos espacios se malgastaba el tiempo, el ocio era la condena de una sociedad trabajadora. Todo esto a pesar de que las galleras eran y son espacios de transacciones comerciales y grandes contribuyentes de renta, un argumento económico que, para la época, hubiese podido ser de interés para el progreso material. En suma, era una práctica que ameritaba ser prohibida por ser un ocio indecente: prohibición de plumas, sangre, muchedumbre y dinero azaroso, que, como metáfora, representaba todo un estilo de vida considerado inmoral y, por tanto, censurable. Censurable práctica que estaba cada vez más en la mira de la policía, especialmente en ese San Pedro de 1892.

Chapinero: control y descontrol

Cerca del solar de la casa del señor Agustín Baquero, donde se escuchaban voces de “Viva pueblo, Viva el Inspector, Abajo la Policía Nacional”, aquel 29 de junio de 1892. Toda esta gritería planeaba una clara contraposición entre el inspector Cristino Gómez y el comisario de Chapinero, Jesús Bernal. Por ahora podemos adelantar que la prohibición de las corridas de gallos generó, como mínimo,

dos cosas. Primero, al hacer parte de una política de regeneración, con ella se prohibió una manifestación de indecencia, pero al mismo tiempo se vedó una práctica cotidiana. Segundo, debido a la dualidad del poder a la hora de *vigilar y castigar* a los ciudadanos, se generó tal contradicción que creó conflicto no solo en la población, sino también en las élites, y fraccionó los organismos de control indispensables para la censura.

Un día después de los sucesos del 29 de junio, varios policías se vieron obligados a rendir informe. Reconstruyamos la cuestión, por ahora, a partir de estas fuentes. Jesús Bernal, comisario del barrio de Chapinero, señalaba en oficio dirigido al director general de la Policía que desde las 7:00 de la mañana del día anterior había informado al señor inspector de Chapinero, Cristino Gómez, sobre la prohibición de la corrida de gallos. Según Bernal, el inspector, en respuesta, indicaba haber dado: “Licencia como autoridad competente para que se corrieran los gallos en varias partes, y que no retiraba dicha licencia, porque él creía que la orden por el señor director general de la Policía, era dictatorial y que él no tenía atribuciones para dar esta clase de órdenes, y que los gallos siempre se correrían en Chapinero”.

Más adelante el inspector insistió en la corrida y afirmó “que el señor Gilibertecito, y el señor [subdirector] Corena, no eran los que mandaban en Chapinero, ni venían a imponerse”. Bernal apelaba al cumplimiento de las órdenes impartidas por sus superiores y él solicitó “como medida prudente” poner en conocimiento del gobernador o del alcalde la medida y, en consecuencia, si dichas autoridades habían emitido una licencia para la corrida de gallos se “servieran poner este hecho en conocimiento de la Dirección de la Policía”. Una vez pactado el acuerdo, se separaron y poco después el inspector se presentó nuevamente en la comisaría y dijo “que había hablado por teléfono con el señor Gobernador que lo había autorizado para que permitiera las corridas de gallos”. Con el ánimo de corroborar dicha licencia, Bernal se puso en contacto con el gobernador y, según sus palabras, le contestó “que no tenía conocimiento de tal autorización”. Antes bien, se señalaba que el señor prefecto



por MAX S. HERING TORRES • Ilustración de Señor Ok

El rirrafe: entre gallos y Remington

Daniel Wilches relata que al regresar de su almuerzo, vio que el comisario Jesús Bernal se había hecho presente en la casa de Baquero para impedir que cerraran la puerta del solar, una acción que pretendía contrariar al inspector Cristino Gómez, quien, en defensa de la licencia del alcalde, había impartido la orden de cerrar la puerta para dar inicio a la riña. Cuando Wilches apenas llegaba de su descanso, Bernal le ordenó armar a la policía y apresarse a las personas que pretendían correr los gallos en el patio del señor Baquero. Según informe de Wilches, él mismo le contestó: “Señor Bernal, creo que no hay necesidad de fuerza armada porque es provocar un conflicto en perjuicio del Gobierno” y Bernal le advirtió “que si no le obedecía, que me llevaba también preso, y que me daba de baja inmediatamente”, a lo cual Wilches replicó “que tenía mucho gusto en ceder” su puesto antes de cometer una tropelía “que nos pudiera hacer cometer un delito atacando una propiedad, porque no va al caso violar un domicilio, entregándole al señor Bernal

lo apresó y lo trasladó al calabozo. Sin embargo, Bernal informa las cosas de manera muy diferente. “Habiendo agotado los medios posibles para arreglar el asunto”, resolvió hacer respetar el “honor de la Policía”. Por ello, el comisario instó a los participantes en la corrida a que “bajaran el gallo y quitaran las varas de donde estaba colgado”. Pero oponiendo resistencia a dicha orden, Cristino Gómez, en su calidad de inspector, permitió la corrida: “Él era quien mandaba en Chapinero, que yo [Bernal] no era nada aquí y que no eran los mugrosos policías los que venían a imponerse, y gritó: viva el pueblo de Chapinero”. Al sentirse en minoría, Bernal buscó el apoyo de Wilches y lo conminó a apresarse a todos los involucrados; directriz que Wilches desatendió, al argumentar que “el pueblo de Chapinero no estaba cometiendo ningún delito” y, ante una segunda orden, contestó: “No obedezco, y gritó viva el pueblo de Chapinero y echó mano a la peñilla [machete]”. Es decir, lo que en el relato



El jefe Gilibert. En *Historia de Bogotá. Siglo XIX* (Alcaldía de Bogotá-Villegas Editores, 2007).

de Wilches fue una entrega de uniforme y armas, en lo narrado por Bernal es una amenaza armada.

Con lo anterior, Bernal intentaba explicar por qué había agredido y apresado a Wilches, pero en vez de generar calma, un agente de segunda clase, Joaquín Cújar, saltó al camellón gritando: “Viva el Comisario Wilches, viva el pueblo de Chapinero, viva la libertad y abajo la Policía”. Por ello, Bernal ordenó “que armaran bayoneta, calzaran los Remington y preparar para dar fuego”. Ante esta amenaza, el inspector Cristino Gómez retó a Bernal, instándolo a “mandar hacer fuego sobre él”. Gracias a la intervención de los habitantes de Chapinero y a las inminentes amenazas, lo “hicieron retirar”, hecho que alivió la situación y ayudó a dispersar al grupo de personas que se encontraban en el camellón. Las corridas de gallos no se realizaron, pero a esto se contestó con “vivas al inspector” Cristino Gómez. En su defensa, Gómez publicaría más adelante un artículo en el que desmentía la versión de Bernal, argumentando que su interlocución telefónica había sido con el alcalde, nunca con el gobernador, quien, por su parte, había autorizado las licencias.

La verdad oficial de la Policía

Después de los acontecimientos de Chapinero, los gallos que nunca se corrieron y los Remington que nunca se dispararon, se solicitaron las relaciones del caso. En razón de la autoridad de su emisor, su versión sería la que llegaría a convertirse en la verdad oficial de la Policía dirigida al ministro de Gobierno.

En su comunicación partía del siguiente juicio de valor: la riña de gallos debía ser entendida como una “diversión bárbara” que “todos los pueblos civilizados prohíben”. Lamentablemente, en Chapinero había tomado un “carácter agudo, hasta el punto de ocasionarse grandes desórdenes”. Acto seguido, enmarcaba las acciones de la policía en un contexto jurídico. Remitía al Código de la Policía de mediados del siglo XIX, específicamente a los artículos 509 y 510 sobre la prohibición de maltratar animales.

Gilibert justificaba haber impartido la orden basándose “en la moral y en las leyes”. Por tanto, sus comisarios habían intentado “prohibir las distracciones

humanas”, pero se tropezaron con el poder de los inspectores municipales, “quienes apoyando su derecho en una pretendida orden del Señor Alcalde, habían autorizado lo que la ley y la moral condenan”. Mientras que en otras circunscripciones los inspectores retiraron las licencias y no se generó desorden, “en Chapinero no sucedió lo mismo”. El inspector Gómez llevó las cosas al extremo y tuvo “los propósitos más desagradables contra la policía excitando al pueblo a rebelarse”. Y ante el hecho de haber transformado a un grupo de ciudadanos de Chapinero en dianas de rifles policiales, el director intentaba despejar la duda adentrándose en la conciencia de Bernal al afirmar: las armas se habían cargado “no para usar de ellas” sino “únicamente con el fin de intimidar y llegar por tal medio a conservar el orden y el respeto a la ley pisoteada por el inspector”. Los Remington solo fueron cargados cuando un agente de la policía fue desarmado, y el contraventor fue condenado a treinta días de cárcel. Para el director estaba claro que ese inspector había faltado a la moral porque en vez de excitar al pueblo a la sublevación, su deber era actuar en favor de los intereses de la policía y el Estado.

La otra verdad

El Heraldo y *El Chapinero* publicaron una serie de artículos punzantes por lo ocurrido en el barrio. No era la primera vez que se criticaba a la policía desde el diario *El Heraldo*, de hecho, el ministro de Gobierno, incluso antes de la prohibición de la lidia de gallos, se dirigió a su director con el ánimo de: “Suplicar [...] que las quejas que aparezcán en su periódico a causa de faltas cometidas por los individuos de aquel cuerpo, vayan redactadas en términos más comedidos y respetuosos que posible sea, sin lanzar contumelia ni injurias contra la entidad moral de dicho Cuerpo”.

Diferencia social y protección animal

El propio editor de *El Heraldo* era uno de los más fuertes críticos ante la intervención de la policía. Más aun, la cuestionaba como protectora de animales. Si tan en serio se tomaba el artículo 509 del Código de Policía sobre el maltrato animal; escribía el crítico:

“¿Por qué no [lo] aplican los Sres. Gilibert-Corena [...] a las corridas de toros?”, una faena que, como se registraba en la prensa, generaba rentabilidad y estaba bien vista por las élites.

Ciertamente, las actividades de entretenimiento estaban estratificadas y por eso se implementaban prohibiciones discrecionales que soslayaban el principio de igualdad.

Vigilancias y poderes fragmentados

Pero el conflicto, indudablemente, también se puede entender como una secuela de la dualidad estructural del poder. Veamos el asunto ahora desde arriba. Mientras que el prefecto de la Policía había notificado al director de dicha institución sobre la prohibición, también era un hecho que el gobernador autorizaba al alcalde para que los inspectores municipales concedieran licencias. Con motivo del conflicto jurisdiccional, el alcalde se había dirigido el 13 de marzo de 1892 al ministro de Gobierno haciendo hincapié en el problema. Cuando muchos disponían del poder, el poder se diluía y ninguno ejercía su facultad. Peor aun cuando nadie sabía a qué norma atenerse, y realmente preocupante cuando ante el disenso se hacían solo valer los medios del más fuerte. El alcalde insistía en que así el gobierno se acababa y se transformaba en desgobierno. Y aunque no lo decía, sí insinuaba que lo lamentable del caso era que ante la fragmentación normativa y el choque suscitado, un Estado podía convertirse fácilmente en un Estado policial cuando las armas eran el mecanismo para dirimir la diferencia. No en vano *El Chapinero* se había visto en la obligación de revelar presiones de la policía: “[...] Pueden los Jefes de la Policía Nacional inmiscuirse en lo que corresponde al Distrito, y más aún, atropellar las diversiones establecidas en un predio particular? Si ellos mandan en los Distritos, ¿para qué necesitamos Alcaldes ni Inspectores? [...] ¿Y puede un Jefe de Policía, atropellando los derechos más sagrados del ciudadano, mandar hacer fuego sobre un pueblo indefenso, que tiene un día de desahogo y de diversión?, ¿es esto justo, razonable?”.

La negociación oscilaba entre prohibir la “sangre bárbara” de los gallos y autorizar la “sangre legal” ante el desacato. Su legitimidad, siempre relativa, dependía de la perspectiva de los sujetos: he ahí la precariedad del derecho a derramar sangre, eje constitutivo del Estado moderno.

Final

Llama la atención que para entonces la pena de muerte —abolida en la Constitución de 1863— había vuelto a ser legalizada por los regeneradores con el artículo 29 de la Constitución de 1886. No se trataba entonces de una biopolítica, de un “hacer vivir y dejar morir”; se rescataba el derecho de la espada, el derecho a la muerte como un principio civilizatorio en medio de la modernidad. El supuesto “Motín de Chapinero”, en apariencia insignificante, devela algunos elementos sobre los temas del control y la transgresión que pueden, hipotéticamente, también desembocar y asociarse al derramamiento de la sangre en los escalamientos y recrudescimientos de conflictos. La posibilidad de la transgresión nace con la prohibición, se exagera con factores ajenos a la prohibición —tales como las tensiones, resentimientos y miedos de una comunidad— y puede agudizarse ante la ambigüedad jurídica, los vacíos y las inconsistencias del poder. La tensión puede llegar a escalar mediante la coerción —conminar, golpear y apuntar—, dando origen a un círculo vicioso de violencia en el cual vence el más fuerte o estratégico, reclamando luego el derecho a matar. ©

*Fragmentos del libro 1892: un año insignificante. (Editorial Crítica, 2018)



1892: un año insignificante
Eduardo Escobar
Editorial Crítica
2018



Nuestra intención no es endeudarte.

Es ayudarte a cumplir tus propósitos.

Crédito

- Para vivienda nueva y usada.
- Libre inversión.
- Microcrédito.
- Tarjeta de crédito.

Entra ya a nuestra página web www.confiar.coop o acércate a la agencia más cercana. Te estaremos esperando para asesorarte con la verdad.

La diferencia está en confiar

confiar
coop

Cuadro de mujer con simio

por ALEX JIMÉNEZ • Ilustración de Alejandra Pérez

La despertaron los vagos retazos de una pesadilla. Se levantó y caminó hasta el baño. Las rodillas le temblaban. No quería mirar el espejo, pero al lavarse la cara en el lavamanos vio unos párpados cansados y unos ojos tristes. Sin embargo, no se concentró en las señales de la edad, sino en unas patas peludas que le rodeaban el cuello: tenía un simio pensativo colgado encima. Sobre sus senos, presionándolos hacia abajo, se enlazaban las extremidades inferiores de un chimpancé, cuya silenciosa melancolía contrastaba con el escandaloso moño de pelusas rosadas que llevaba puesto en la cabeza.

La primera preocupación de la mujer fue sobre la reacción de su esposo, cuyos ronquidos llenaban la penumbra del cuarto. Se encerró en el baño para quitarse la camisa de dormir. Al segundo intento ya sabía que sería imposible. La actitud del simio no era violenta, pero su cuerpo negligente estaba tan aferrado que parecía parte de ella. Resignada, se quitó el pantalón de dormir. El simio no se asustó cuando ella abrió la llave de la ducha. Un lodazal amarillo y pestilente se escurrió de su pelaje y bajó por la camisa y por las piernas de la mujer. Ella tuvo que bañarlo con sus jabones espumosos antes que a sí misma. Mientras escurría los costados de la camisa, pensó que sería imposible quitársela, así que la cortó con las tijeras del botiquín. Primero fue un corte general rodeando la espalda y la parte superior del pecho, debajo de las extremidades del simio. Se arrancó el jirón y se lo sacó por las piernas como una falda. Sus senos lánguidos quedaron al aire. Faltaban las mangas, el cuello y la parte del omóplato: ahí estaban los brazos y el rabo del animal. La mujer obró con cautela. Al fin pudo quitarse las mangas como brazaletes, pero cuando intentó levantar un poco la piel del chimpancé para mejorar el alcance de las tijeras entendió que habría sido más fácil arrancar sus propios dedos. No tuvo más remedio que rendirse y dejarse un fragmento de camisa a manera de collar. Volvió a mirarse en el espejo y se alarmó al descubrir un hilo de sangre en su piel. Tomó una cura para detener la hemorragia, pero al buscar la herida se dio cuenta de que no se había cortado a sí misma, sino al simio. En ese momento se abrió la puerta del baño y apareció el bigote soñoliento del esposo. La mujer se llevó una mano a la boca y contuvo la respiración. El hombre no dijo nada. Sin prestar atención a la mujer desnuda o al chimpancé herido, orinó con una desfachatez infantil y salió. La mujer suspiró. Con una toalla y la ayuda del espejo, la mujer logró secar el pelambre del simio. Luego volvió al cuarto y encontró los indicios de las actividades del esposo: huellas de pies mojados que venían del primer piso y empaques de papas fritas sobre el nocherro. La mujer maniobró lo mejor que pudo bajo el nuevo peso. Buscó ropa que pudiera ponerse desde abajo y decidió no salir a la calle: la parte superior del vestido cubría una porción de las extremidades del animal, y la parte de la espalda atrapa la cola en toda su extensión, de manera que no había forma de ocultar las protuberancias bajo la tela.

Arregló la casa, lavó, preparó la comida, siempre con el animal a cuestas. Después se dejó caer en un mueble y se dedicó al terrible ejercicio de respirar. Cuando llamaron a la puerta, la mujer no tenía ninguna intención de abrir. Pero el llamado se repitió cada vez más fuerte, y ella, movida más por la exasperación que por la voluntad, reunió todas sus fuerzas para ponerse de pie. Un segundo antes de abrir recordó, como si fuera posible olvidarlo, su simio sobre la espalda. Quizá el cuerpo no reaccionó debido al cansancio, o quizá la reacción fue acelerar aún más para abrir la puerta. Al ver a la mujer, el muchacho transformó por completo su expresión de malhumor. Ahora parecía compungido. Ella no supo si en verdad no había visto al simio, o si más bien había fingido no verlo. Como fuera, él entregó una carta, hizo firmar una planilla y se despidió con mucha cortesía. Ella creyó notarle algo de compasión.



Luego la sobresaltó el ruido del teléfono. Era el hijo menor. Dijo que quería visitarla unos días con su hermano mayor, sin sus esposas. La mujer no pudo encontrar una excusa para negarse.

Cuando colgó, aprovechó un giro inesperado del animal para arrancar de un solo tirón el trozo de camisa que había quedado como un collar. Cambió de opinión: salió a comprar ambientadores y matamoscas eléctricos para los cuartos. Si le preguntaban por el chimpancé, diría que era un regalo extravagante del hijo artista. Tomó un chal, lo puso en los hombros del animal, le retocó el moño rosado y salieron a la calle.

No dejó de notar una pregunta en los ojos del tendero del supermercado, pero no hubo comentarios. En el camino de vuelta, al saludar a los vecinos, la mujer concluyó que nadie se quedaba mirándola más de lo normal. No quería tantear como una loca en medio de la calle: se detuvo ante una vitrina y fingió retocarse el peinado. Sí, ahí seguía el simio, asomado a la nada con un chal en los hombros y un moño rosado en la cabeza.

Había descargado las bolsas y se había sentado a tomar agua cuando llegó el esposo. Respiró profundo, reunió fuerzas para levantarse y se dirigió a la cocina cargando al simio que pesaba más porque se había quedado dormido. El hombre bloqueó el paso. La tomó de las manos, la sentó con gentileza y se fue a servir la comida él mismo. Ella empezó a irritarse. ¿Por qué el esposo la tomaba de las manos y no de los

hombros? ¿Por qué fingía no ver al simio? Pero ella no dijo nada. Se sentaron a la mesa en silencio y aunque el hombre estaba hambriento se esforzó en comer al ritmo de la mujer. Sin embargo, el apetito de ella se había arruinado. El hombre terminó cuando ella aún no llegaba a la mitad, y la esperó algunos instantes antes de sucumbir al fin a la desesperación.

Ella entró a la cocina con el plato de sobras en la mano. Estaba a punto de tirarlas a la basura cuando oyó un gruñido. Aseguró la cerradura de la puerta y se guio por el reflejo de una ventana para darle de comer al animal las cuatro cucharadas que recibió. En los días siguientes intentó alimentarlo con frutas y plátanos, y lo vio rechazarlo todo excepto lo que se convertiría en su rutina alimenticia: cuatro cucharadas de sobras dos veces al día.

Subió al cuarto. En la televisión estaban presentando un programa en el que un hombre con anteojos escuchaba instrumentos para adivinar una canción. Las melodías se distorsionaban a intervalos de ronquidos. La mujer apagó. Buscó una bata de dormir y se la puso desde abajo como una falda, acomodando los tirantes de los hombros sobre las extremidades del animal. Se quedó dormida de inmediato, pero despertó en la madrugada. Pensó que había sido por culpa de los ronquidos, pero en el cuarto solo se oía una respiración apacible. Casi al instante percibió un vaho dulzón que le revolvió las entrañas. Se levantó como pudo y logró dominar las primeras arcadas antes de

llegar al sanitario. Abrazó la loza fría del inodoro y vomitó. Se incorporó para lavarse la boca y empezó a buscar la fuente de la pestilencia. Entonces sintió algo caliente, entre arenoso y líquido, que se deslizaba por sus piernas y su espalda, y que no había notado por la rapidez de los acontecimientos. En efecto, el simio había hecho de las suyas. Casi acostumbrada al olor, se quitó la bata de dormir y la usó para limpiarse los lugares más críticos. Corrió a la cama en busca de más rastros de las gracias del chimpancé. Por fortuna las sábanas estaban limpias, todo había caído sobre la mujer. Volvió al baño y el esposo alcanzó a verla un segundo antes de cerrar la puerta. El aseo tomó mucho más tiempo del habitual, no solo por el percance de la madrugada, sino también porque el simio tenía de nuevo un mar de mugre en el pelaje, como si estuviera condenado a absorber todas las porquerías del mundo.

Cada vez que se miraba al espejo se horrorizaba: le parecía que había envejecido diez años en cinco días. El esposo no dejó de notar el abatimiento de la esposa ni los pequeños descuidos en el aseo de la casa. Entonces empezó a esforzarse por ayudar un poco. A partir de ese día ella no volvió a cocinar ni a lavar platos, y aprendió a seguir los rastros del esposo en la mañana por los detalles del orden: era como si él aprovechara el paso por un corredor para enderezar un cuadro o sacudir el polvo de una mesa.

La mujer repitió todo el procedimiento de limpieza del día anterior. Ese día, antes de las actividades cotidianas, salió a un supermercado distinto a comprar setenta pañales geriátricos bajo los ojos suspicaces del vendedor y los gruñidos recelosos del simio. Cuando los cuartos tuvieron conectados el ambientador y el matamoscas, la mujer pudo pensar en sus hijos de manera concreta. Para el día de la visita ella se había acostumbrado a su condición, había comprado bolsas negras para botar los pañales embarrados cada mañana y había modificado sus horarios para que el simio no entorpeciera su vida ni ella la del simio. Esa mañana despertó asfixiada por una tos seca. El esposo le trajo una bebida caliente de hierbas prodigiosas, compradas la noche anterior en un antro de milagros. Una vez vestida, el hombre le ayudó a bajar las escaleras. El timbre había sonado, y podían verse dos siluetas al otro lado de la puerta. El esposo fue a abrir. Mientras salía a abrazar a los hijos, la mujer tuvo tiempo de pensar que quizá no había nada de malo en que ellos se enteraran de todo. Incluso podrían ayudarle a buscar una solución que ella no podría encontrar sola. El corazón le dio un salto al ver en el umbral de la puerta al hijo menor. Le bastó una sola mirada a sus ojos despistados para comprender que él jamás comprendería. Bajó la cabeza y ya tenía los ojos en lágrimas cuando vio aparecer los pies del hijo mayor. Levantó la mirada y se vio delante de un hombre cansado con una mochila en la mano. No se la colgaba en los hombros porque sobre ellos descansaban, con una firme desidia, las patas enormes de un oso panda.

Ese día se centraron y bajó a reunirse con sus hijos, las pescas milagrosas, la mueblería del menor, las clases del mayor, los nietos postergados, las esposas. Pero al día siguiente, durante el almuerzo, madre e hijo notaron que el simio y el panda no se habían caído en gracia. Montados sobre sus respectivas espaldas, se mostraron los dientes con el lomo crispado y lanzaron zarpazos al aire. Cada vez que la tensión llegaba al límite, la mujer o el hijo se retiraban.

Con el otro hijo la mujer podía hablar un poco más tranquila, le preguntaba por sus planes y sus ilusiones. El esposo tuvo la esperanza de que al fin se estuviera operando el cambio, y el hijo menor apenas se dio cuenta de nada. Pero el mayor sentía un peso en el corazón porque entendía los esfuerzos de la madre y sabía que no constituían una solución. Sin embargo, tampoco hallaba el modo de hablar con ella. Temía que el simio reaccionara con violencia: la blanda pasividad de esos animales era una máscara de las tormentas que llevaban adentro. Él lo sabía porque desde hacía varios años había aprendido algunas maneras de deshacerse de este tipo de apariciones. Y aunque pudiera hablar con la madre, había pocas esperanzas de que la solución provisional que él había hallado funcionara también para ella, y existía el riesgo de que tal vez ella no fuera capaz de llevarla a cabo o de que no tuviera la disposición para hacerlo. De cualquier forma, el hijo pensó en aliviar su conciencia y trató de escribir una carta para contarle a su mamá lo que no se atrevía a decirle. Pronto entendió que no sería fácil: no había acabado de trazar la primera letra cuando su panda le derribó el lapicero de un zarpazo. Era necesario esperar a que el animal se durmiera, pero sería casi imposible porque al finalizar el día el hombre era quien quedaba vencido por el peso en la espalda, mientras el panda pasaba las horas en un letargo acechante, sin atravesar nunca el umbral del sueño. El hombre empezó entonces a beber tazones de café negro con mantequilla, y a pellizcarse la piel con los ganchos de colgar ropa que se

robaba del tendedero. Así, durante una semana de vigilia, logró construir media página de enunciados vagos y temerosos, sin atreverse aún a anunciar el remedio, avergonzado ante la idea de que la madre lo tomara por ingenuo. Mientras él se esforzaba en resolver sus escrúpulos antes de atreverse a una frase, la madre se acostumbraba cada más al horror que le devolvía el espejo. Su cuerpo y todo en ella había disminuido hasta el espanto, y ya para el quinto día de esa semana era incapaz de permanecer de pie más de cinco minutos. Todos se dieron cuenta y se encargaron de las actividades sin decir una sola palabra ni importunar con preguntas, y ella sintió más gratitud por el silencio que por la ayuda. Durante esos días de vacaciones el esposo se levantaba más tarde, de modo que la mujer no tenía que apresurarse en las actividades del simio. Cada madrugada, mientras preparaba su nariz para quitarle el pañal al simio, la mujer escuchaba los movimientos en el baño del primer piso y adivinaba las actividades del hijo mayor. Lo imaginaba cargando al panda y quitándole el pañal, o lavándole el pelaje sucio y secándolo con paciencia.

En la madrugada, mientras preparaba su nariz para quitarle el pañal, la mujer escuchó los movimientos en el baño del primer piso y adivinó las actividades del hijo mayor. Lo imaginó cargando al panda y quitándole el pañal, lavándole el pelaje sucio, secándolo con paciencia. En la tarde, mientras el esposo estaba en la tienda y los hijos fumaban en el primer piso, la mujer se desmoronó sin ruido: la alfombra amordazó el golpe. Creyó que nunca más tendría fuerzas para levantarse. Estaba tranquila aunque respiraba con dificultad. Creía que se estaba muriendo. Sin embargo, empezó a verse libre de la opresión del pecho, a llenar de aire sus pulmones, a sentirse más liviana. Dio media vuelta en el suelo y entendió: al frente, casi avergonzado, estaba el simio que al fin se había bajado de la espalda y ahora buscaba una ruta para salir de la casa. No tardó en decidirse por la ventana. Iba a saltar a la casa del vecino, cuando sintió que una fuerza lo ataba al suelo: al volverse vio a la mujer, que se había arrastrado y lo había agarrado de la cola.

El hijo no logró escribir lo que se había propuesto, así que decidió pintar. Quizá el conjunto provisional funcionara en tercera persona. Tenía poco tiempo, de modo que empezó a hacer el boceto de una mujer en una sala pintándose a sí misma con un chimpancé sobre la espalda. Se preparó un termo de café y dibujó toda la noche. Cuando se dejó caer en la cama estaba amaneciendo. A esa misma hora, en el cuarto de arriba, la mujer observaba la pared del vecino por la ventana. Llevaba varios minutos despierta y apenas podía respirar. El amanecer iluminó el cuarto poco a poco. Luego el sol subió más, el frío de las primeras horas se disipó y empezó el calor. La cama se movió. El esposo se había levantado. Era la primera vez en varios años que lo hacía antes que ella. Por eso la observó hasta asegurarse de que seguía respirando y se tomó su tiempo para bañarse. Salió y se encogió de hombros al ver que su esposa seguía tendida. Se vistió y bajó a reunirse con sus hijos para el desayuno mientras ella se quedó boca abajo con los ojos abiertos. Entonces un acontecimiento la tomó por sorpresa: el simio la soltó, la cargó sobre los hombros, se bajó de la cama y entró al cuarto de baño. La bañó y la secó, le puso uno de los pañales, se puso uno de los mejores vestidos que ya no se ponía ella y bajó al primer piso a desayunar con la mujer a cuestas. Cuando el simio entró en la sala todos levantaron las cabezas, saludaron con un gesto y volvieron a sus platos. Pero el hijo mayor apenas pudo disimular el espanto. Apretó una servilleta bajo la mesa. El panda gruñó sobre su espalda. El hijo buscó la mirada de la madre, la encontró y la sostuvo. Le pareció vacía. El chimpancé comió sin cubiertos, se embadurnó la cara, se chupó los dedos. El esposo habló sobre los beneficios de un sueño reparador. El hijo mayor se excusó y escapó de la escena. El resto del día fue el animal el que lavó los platos, sacudió el polvo, brilló las ollas y cocinó. El hijo se sentó a fingir que leía mientras observaba a la madre balanceándose al compás de los movimientos del simio. Se levantó y se encerró en su cuarto a trabajar en el boceto. Ahora solo quería terminar para poder irse. Trabajó hasta tarde. Cuando terminó se dio cuenta de que había sido inútil: el dibujo no había logrado atrapar al simio, que seguía a cargo de la situación.

Esa noche, mientras el esposo veía televisión en la cama, el simio entró al cuarto de baño, se quitó el vestido y se puso una bata ligera que la mujer casi había olvidado. Se retocó el nudo del moño rosado y se perfumó todo el cuerpo. Cuando comprendió que sería imposible quitarse de encima a la mujer, la perfumó también a ella y salió de nuevo al cuarto para meterse bajo las mismas sábanas del esposo. Quizá fue el contacto con la tela ligera o el olor del perfume: por primera vez en años, el hombre giró su cuerpo y apretó en un abrazo el otro cuerpo fragante. Lo buscó un poco más allá, temblando y vacilando como un muchacho, mientras la mujer miraba un punto incierto en algún lugar del techo. ☺

El tango de los hampones

Muchas veces quise ser bueno
Pero siempre me convencieron de la movida
de la bolsa o la vida
que es la moda del siglo que corre

Por eso me preocupo
de mantener mi billetera gorda
a cualquier precio
sin pararme en pelillos
Y del bien sacrosanto de mi panza
Desoigo los consejos de los pobres y los buenos

Hay que trampear si queremos sobrevivir
Tretas y artimañas convienen
Y es ventajoso mantener alguna carta oculta
Los discursos morales conducen a la ruina
Hay que ir armando también por el buen camino
El mundo se pone cada vez más difícil
Pregúntale a mi pistola

Entre el justo y el pecador
la diferencia está en el muerto
Y aunque no hay muerto malo
es preferible vivir y seguir en lo que estamos
mientras nos dejen
No hay que dejarse adelantar
El vencedor impone la moral
Las víctimas no cuentan
Se cuentan
Y se olvidan
Muchas veces quise ser bueno
Pero quién alimentaría a mi familia
Es mejor prevenir que lamentar
Y menos peligroso golpear primero
Por hacer el bien sin mirar a quién
muchos de cuyos nombres me olvidé
hallaron un mal fin
Es bueno y loable intentar ser honrado
Pero resulta un sinsentido
en este mundo corrompido

La virtud es hermosa no cabe duda
pero las virtudes del rico son evidentes
Y están bien respaldadas por los bancos
El que cuenta sus morlacos
dispone bien las partes del antiguo problema
sé lo bueno y lo malo
Hay que alejarse de la horrible pobreza

Hay que ser duros antes que demasiado puros
Golpea fuerte, y no lamentos tu suerte
Si no existieran el bien y el mal
La vida sería como pan con pan

Únete a mi banda No te irá mal si eres leal
Y sobre todo
te cuidaremos de la policía
Es una porquería


EDUARDO ESCOBAR

Espantapájaros

Vuelvo a la calle del primer riesgo
a esa que dio lugar al verbo.
Vuelvo a juniniar.

La novedad es humana
aunque no lo parece.
Pantalones gigantes
gorra
radio.
Mirada horizontal
como si uno no estuviera ahí
sino un poco más atrás.
Sabe que no puede asustarnos a todos
de lo contrario nadie regresaría.
Perdería su ubicación
sus poderes.
El radio tal vez no
acaso la mochila en la que guarda el trueno.
Somos feligreses que arrojan puntuales monedas al cesto.

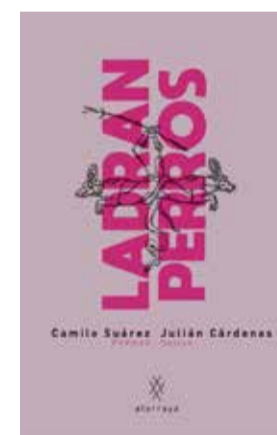
Al encararlo recuerdo la risa de mi abuela
cuando me trajo a conocer El centro.
Una rejilla en el suelo
le mordió el tacón.
La abuela se agarró de mi hombro
y su carcajada fue tal
que Rodrigo Uribe Echavarría
el presidente de la compañía
dueña del edificio más alto de la calle
—de la ciudad, del mundo—
tembló en su despacho.

La calle Junín es para reír duro
como guacharacas. 

CAMILO SUÁREZ



Insistencia en el error
Eduardo Escobar
Sílabas editores
2020



Ladran perros
Camilo Suárez
Atarraya editores
2020

El giro dramático

Acción Impro: veinte años improvisando

Un día de este mes, el improvisador, actor y cabeza de la compañía teatral Acción Impro, David Sanín, le decía por Zoom a un periodista que se rehusaba a madurar. Sanín usaba una camisa tan seria como informal, apropiada para su forma de pájaro adolescente. Poco después Sanín debió pararse del computador, en pantaloneta, a cargar a su bebé que había empezado a llorar. “Ya me toca trabajar. Si no fuera por ella, estaría parchado todo el tiempo jugando”.

Acción Impro nació en un taller de improvisación que el actor Rigoberto Giraldo dio en el año 2000 en la Universidad de Antioquia. “Éramos todos unos muchachitos”, dice Catalina Hincapié. Ella y Sanín son los únicos miembros fundadores de Acción Impro que siguen en la compañía. “Nos mantenían nuestros papás, y como no teníamos que trabajar, pudimos pasar tres años encerrados en un salón ensayando. Empezamos a hacer improvisaciones en las filas de la fotocopidora o del banco, y al final pasábamos el sombrero recogiendo plata. Con el tiempo aparecimos en teatros, cobrábamos la función a cien mil pesos: una parte la dejábamos para el grupo, y con el resto pagábamos una botella de ron para todos”.

Los cinco muchachitos fundadores duraron catorce años juntos. “Cuando nos invitaron por primera vez a Europa solo comíamos sánduche ventiado y un pedazo de pizza. No teníamos plata para ningún restaurante. Fuimos a ver ratas al río Sena”, dice Hincapié. Fueron selección Colombia de improvisación y ganaron varios campeonatos. Luego, dos se fueron a hacer improvisación a Brasil y otro montó su propia compañía teatral.

“Esa palabra que todo el mundo detesta: reinventarse, es nuestra profesión”, dice Hincapié. Han hecho festivales de improvisación, montaron una academia, han hecho teatro en todo el espectro de la seriedad. Y este año Sanín cumplió cuarenta años, Acción Impro veinte y nació su primera hija. (“El gran giro dramático de la vida es ser padre”, opina

Hincapié). Al tiempo que se ajustaba a ser padre, la pandemia cerró su teatro en el Parque del Poblado, acabó una temporada que hacían en el teatro del Águila Descalza y puso una incógnita sobre todos los proyectos.

“Por los veinte años queríamos que Acción Impro se presentara en Miami, y de ahí, que todo el equipo tomara un crucero de regreso a Colombia. En ese entonces no estaba embarazado y mi esposa era mi novia. Pero nos adaptamos”, dice Sanín.

Sin crucero, la semana después del cierre, Acción Impro se dedicó a improvisar en la virtualidad. “Youtube es nuestra sala de teatro ahora”. Montaron una emisora virtual para hablar del desamor, *Desafinada Estéreo*; adaptaron un espectáculo veterano, *Los de la oficina*, al teletrabajo y abrieron un festival de comedia virtual, *¿Cuál es el chiste?*

Si en el mundo pospandemia desde filósofos hasta mercaderes de la autoayuda han postulado a la reinención como antídoto al caos, la improvisación se sustenta en un progresivo reconocimiento del error y la zozobra. “Para mí no se limita a Acción Impro. En mi familia hubo mucha violencia intrafamiliar y desde chiquito tengo una compañía teatral con mis hermanos: jugábamos a la oficina, policías y ladrones. Cuando había violencia éramos nosotros tres los que teníamos que enfrentar al agresor. Apenas pude, tomé la decisión de divertirme, así las circunstancias externas fueran duras. No tenía sentido una vida miserable, pero sí podía inventarme mi propia felicidad a través del juego, ahí sí”, dice Sanín.

Cuando Acción Impro improvisa, o interpreta, o juega en el escenario, una risa accidentada previene y sucede al chiste. *Cuando Sanín contó que iba a ser padre*, lo hizo en frente del convencional escenario cargado de personas, excepto que ni la audiencia, ni su familia que estaba en ella, ni sus compañeros sabían lo que iba a decir. Después de la bulla, las lágrimas y los abrazos, Sanín jodió: “Mentiras, era una improvisación”.

“Uno parece hablando como si fuera una religión”, dice Hincapié. Si la vida de cualquier ser humano es un accidente, la improvisación no es una técnica o un arte, sino una confesión. “Nosotros no éramos amigos cuando empezamos. Todos éramos de semestres diferentes y apenas nos conocíamos. Fue esta técnica la que nos acercó”.

Hace unos años se fueron a grabar unas escenas a la Plaza Mayorista. Como es usual, el celador prohibió la grabación y la mamá de Sanín, Martha Gaviria, fue a las oficinas a pedir permiso. Mientras llegaba, Adrián Parada puso la cámara dentro de un camión y extendió el boom hacia el irreconocible Sanín, disfrazado como el cachetiquemado *Fredy*, un cotero de la mayorista. Improvisó un diálogo con una señora de la plaza y en un momento le pidió ciento cincuenta mil pesos al atravesado portero. “¡Pa Dios que mañana le pago!”.

¿Acción Impro durará otros veinte? “Yo ya estoy muy orgulloso de que cinco pelagaticos duramos veinte años con una empresa levantada”, dice Hincapié. “Cuando nos consolidamos como empresa nos preguntaron la vigencia. Los socios dijimos quince años, y quince años después nos perdimos una beca porque la corporación expiraba. Yo no sé si alcancemos a durar otros veinte, prefiero pensar en ese gerundio tan bonito: veinte años improvisando”, dice Sanín. Es cierto que improvisar es un verbo bastante absurdo. Como la infancia, improvisar solo se conjuga en un perpetuo presente.

A veces Sanín improvisa, o actúa, o es un teórico de la improvisación. “Una pincelada es improvisada. El pintor puede conocer la técnica, pero una vez pone el pincel en el lienzo eso es un instante desconocido”. En la última presentación que hizo Acción Impro antes del cierre de los teatros, en el Águila Descalza, *se fue la luz en Prado Centro*. Los improvisadores prendieron las linternas de los celulares y el público hizo lo mismo. En un momento, nadie sabía lo que iba a pasar con la luz, con el espectáculo, con la ciudad. Pero todos siguieron.



Sandra Catalina y Roison

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO
Imágenes del Archivo de la Universidad de Antioquia

A propósito de los asesinatos de Javier Ordóñez y de Juliana Giraldo, a manos de dos agentes de la Policía y de un soldado del Ejército, en el CAI de Villa Luz y en la carretera a Miranda, Cauca, respectivamente, vale la pena recordar dos casos similares acontecidos en 1993.

El primero, el de Sandra Catalina Vásquez Guzmán, de nueve años de edad, ocurriría el domingo 28 de febrero de 1993, en la estación de policía situada en la calle 18A con carrera tercera de Bogotá: ese día, hacia las diez de la mañana, de camino a una iglesia cristiana, la niña y su madre, Sandra Yaneth Guzmán, harían una parada obligada en ese lugar, donde trabajaba el agente Gustavo Vásquez González, padre de Sandra Catalina y exesposo de Sandra Yaneth, quien iba a pedirle la cuota para la manutención de la única hija de ambos. Una vez en la portería, el guarda de turno le informaría a Sandra Yaneth que el agente Vásquez González no se encontraba en la estación. Ella, no muy convencida, le escribiría una nota. Mientras la redactaba, Sandra Catalina se le desprendería de su brazo: “La niña atravesó la puerta y su madre vio, a través del cristal, cómo se perdía entre los 120 policías que estaban en el edificio”. Minutos después, al ver que la niña no aparecía, Sandra Yaneth entraría a buscarla: “Comencé a preguntarle a todos los que encontré en mi camino si habían visto a una niña de pelo corto y jeans. Como nadie me supo dar razón, subí al segundo piso llamándola por su nombre. Ella nunca respondió”. ¡Mi niña no está, mi niña no está!, gritaría Sandra Yaneth en tanto subía un piso más, hasta el tercero, que estaba desocupado por obras de remodelación, y en uno de los baños encontraría por fin a su hija: “Tirada en el suelo, estrangulada con una supuesta cuerda de cortina y sangrando por los genitales”. Acto seguido, Sandra Yaneth le tocaría la yugular en busca de signos vitales y, efectivamente, seguía con vida: “De inmediato, la madre pidió ayuda y fue trasladada a la Clínica San Juan de Dios, pero antes de llegar la niña murió en sus brazos”. Al arribar al hospital y comprobar que su hija había muerto, Sandra Yaneth, entre lágrimas, diría lo siguiente: “Si una persona no está segura en una estación de policía, ¿entonces dónde?”.

Nueve días después, el 9 de marzo de 1993, Sandra Catalina sería portada de la edición 566 de *Semana*. Allí, bajo el título “Muerte en la estación”, y antes de un escudo partido en dos de la Policía y su lema “Dios y Patria”, la entrada sacaba a la luz lo más podrido de esa institución: “El país se estremece ante revelaciones de que una niña de nueve años fue violada y ahorcada en un cuartel de Policía”. Y el país se estremecería aún más al saber que el padre de la niña, Gustavo Vásquez González, a pesar de no estar en la estación en el momento de los hechos, había sido detenido como el único sospechoso del crimen, por lo que se perdería el sepelio de su hija. Posteriormente, sin embargo, los resultados de un espermograma desvirtuarían su posible culpabilidad.

Posdata 1: Dos años después, el 12 de marzo de 1995, Enrique Santos Calderón, en su columna “Contraescape” de *El Tiempo*, escribiría que era muy grave que ese delito hubiera quedado impune. Columna que obligaría al nuevo director de la Policía, el general Roso José Serrano, a reabrir el caso.

Posdata 2: Siete meses después, la Policía y la Fiscalía, con el apoyo del FBI, esclarecerían el hecho: tras analizar el ADN de los 120 policías que estaban en la estación a la hora del suceso, encontraron que había coincidencias entre el de un policía llamado Diego Fernando Valencia y el material genético hallado en el cuerpo de la niña: “Ante la fuerza de esa prueba, el hombre confesó el crimen y con frialdad le relató las circunstancias a los investigadores. Cuando la pequeña intentó escapar, la estranguló con el cordón de su chaqueta”. Valencia sería condenado a 45 años de prisión, pero solo pagaría diez, recobró la libertad en 2006.

Posdata 3: Nueve años después, en 2015, la Corte Constitucional le ordenaría al Estado que reparara e indemnizara a la familia de la niña.

Posdata 4: Tres años después, el 28 de agosto de 2018, en un artículo de *La W* titulado “¿Hay nuevos datos sobre el crimen y violación de la pequeña Sandra Catalina?”, se diría lo siguiente: “Sandra Yaneth Guzmán pone en duda la autoría del horrible crimen por parte de Valencia. La madre de la niña cree que lo hizo un policía de mucho más rango que el mencionado exagerado, quien se habría allanado a los cargos para favorecer a su superior: ‘En la estación había coroneles y capitanes’, asegura Sandra”.

Posdata 5: Veintidós días después, el miércoles 19 de septiembre de 2018, comenzaría la demolición de dicha estación, a cargo de la Universidad de los Andes, para construir en su lugar un Centro Cívico Universitario, demolición a la que Sandra Yaneth Guzmán sería invitada para propinar los primeros martillazos: “Entonces agarra la herramienta con las dos manos y desata una ráfaga de martillazos. El crujido del cemento y su llanto desgarrador son lo único que se escucha entre la muchedumbre silenciosa que observa conmovida el desahogo de una madre que intenta matar a una bestia”, escribiría *Semana* cuatro días

después, el 23 de septiembre de 2018, en un artículo titulado kilométricamente: “A porrazos contra un monstruo, Sandra lucha con el dolor que le dejó el asesinato de su hija”.

El segundo caso, el de Roison Mora Rubiano, de dieciséis años, sucedería el 22 de junio de 1993, cuando volvía con su hermano, Jimmy Roberto, y su mejor amigo, Harold Garcés, de trabajar en una obra de construcción en Bosa: “En el saco verde, en el pantalón de pana y en las manos tenía visibles partículas de cemento, huellas frescas de su jornada laboral”.

Los tres iban caminando por el puente de la Avenida Boyacá sobre la Avenida Ciudad Bolívar cuando, de repente, a Roison se le ocurriría una broma que tendría consecuencias fatales: “Eran las 5:45 de la tarde y nos dio por recochar y tirarle piedra a los techos de los buses. Entonces nos dimos cuenta de que una le cayó a un bus militar y mi hermano dijo: Corramos que después nos encienden a patadas”. Salieron a todo correr hasta que llegaron al puente sobre el río Tunjuelito, donde se detendrían para evaluar la situación: “Mi hermano volteó a mirar atrás y vio que dos soldados venían corriendo hacia nosotros con sus fusiles”. ¿Cómo hicieron los soldados para acortar tanto el camino? Según un testigo anónimo, tras la pedrada, el bus militar siguió de largo de sur a norte antes de detenerse en seco unas cuadras más adelante, se orilló, dos soldados se apearon, cambiaron de carril, le hicieron señas a una camioneta para que se detuviera y la abordaron: “Yo recogí a dos soldados que venían caminando y que me hicieron el pare. Llevaban armas largas y vestían uniforme verde esmeralda. Se bajaron en el puente. No sé más”. Ese fue el momento en que Roison miró hacia atrás y vio que los dos soldados les estaban pisando los talones, entonces reanudaron la corrida.

Misael Boyacá Fúquene, de 33 años, empleado de un montallantas situado en la Avenida Boyacá con calle 59 sur, vería parcialmente la siguiente secuencia: “Los dos soldados dispararon sus fusiles, pero no puedo afirmar quién era el blanco. Dispararon entre tres y cinco minutos. Pensé que estaban haciendo tiros al aire. Luego se detuvieron, pararon un bus urbano que iba de sur a norte y se fueron”.

Minutos después una patrulla de la policía al mando del subteniente Javier Luis Marcillo, de veinticuatro años, oriundo de Pasto, arribaría al lugar de los hechos para hacerse cargo de una llamada que había informado de un muchacho herido de bala: “Lo encontré entre la maleza, sangrante, pero con vida. Una bala, calibre 762, había penetrado el parietal izquierdo de Roison”. Siete patrullas más acordonarían la zona. En una de ellas transportarían a Roison hasta el Hospital de Meissen, donde, curiosamente, había nacido el 10 de julio de 1976. Coincidencia significativa que les daría esperanzas a los padres del herido, Roberto Mora Vargas, de 39 años,



Una broma infantil le costó la vida a los 16 años

conductor, y María Eunice Rubiano, de 37 años, ama de casa. Falsas esperanzas porque Roison moriría esa misma noche. Sin embargo, solo sería sepultado tres días después, el viernes 25 de junio de 1993: “En vista de la pobreza de la familia, los amigos de Roison Mora Rubiano montaron una colecta durante tres días para obtener los 250 mil pesos que costaba el entierro”. Entierro que, como se aprecia en el obituario de la imagen, estaría a cargo de la Funeraria Los Angeles.

Posdata 1: Posteriormente, la familia de Roison sería intimidada por miembros del B-2, servicio de inteligencia del Ejército, buscando que el caso quedara en la impunidad.

Posdata 2: Ante las repetidas intimidaciones del B2, la abuela materna de Roison, Araminta Losada de Rubiano, de 57 años, le declaró estas palabras a la revista *Cambio 16*, publicadas el 5 de julio de 1993, en su edición número 4: “No nos interesa que castiguen a los soldados. Lo único que pedimos es que vengan a nuestra casa y nos respondan esta pregunta: ¿Desde cuándo la travesura de un niño se castiga con balazos?”.

Posdata 3: Cinco años después, el 29 de julio de 1998, como está registrado en una noticia de *El Tiempo* titulada “Gobierno pide perdón ante el mundo”, el presidente Samper aceptaría la responsabilidad del Estado colombiano en los casos de 49 víctimas de masacres y ejecuciones extrajudiciales cometidas por agentes del Ejército, entre las que estaba Roison Mora Rubiano: “Acepto, como presidente de Colombia, la responsabilidad que corresponde al Estado colombiano por la acción u omisión de servidores públicos en la ocurrencia de los hechos violentos de Los Uvos, Caloto y Villatina, y en los casos de Faride Herrera y Roison Mora”.

Posdata 4: En ese evento, al que asistiría, entre otras personalidades internacionales, Danielle Mitterrand, viuda del expresidente de Francia, la madre de Roison, María Eunice Mora, se tomaría los micrófonos y le escupiría estas palabras al presidente Samper: “Aunque es un gesto digno el reconocimiento de la responsabilidad del Estado, debo sincerarme con usted y manifestarle que me duele enormemente la muerte de mi hijo, pero más dolor y rabia me produce la impunidad que cubrió a los autores de este crimen”. Los autores eran el sargento mayor Luis Ferney Bonilla Rincón y el sargento segundo José Mena Serna, quienes habían sido absueltos cuatro años antes, el 12 de septiembre de 1994, por la justicia penal militar.

Posdata 5: Trece años después, el 3 de agosto de 2011, la Sala de Casación Penal de la Corte Suprema de Justicia dejaría sin valor la sentencia absolutoria emitida por el Tribunal Superior Militar el 12 de septiembre de 1994, ordenando que el proceso pasara a la Fiscalía General de la Nación. Sin embargo, desde entonces no hay noticias al respecto. ©



Caído del ZARZO

Elkin Obregón S.

GOTERO

Elemental

Tres de la mañana, Medellín, Parque de Bolívar. Estoy solo, me rodean el silencio y las sombras. Sentada al borde de la fuente alcanzo a divisar una silueta; luego hasta allí, y la figura, ya muy de cerca, se convierte en Sherlock Holmes; lo reconozco de inmediato, casi no difiere de la imagen que de él trazó el inglés Sidney Paget, por allá a finales del siglo XIX. Saludo, me confieso emocionado, cambio algunas palabras con el inmortal detective. Debo estar soñando, le digo, usted no es real, es apenas una construcción de mi sueño... Sueña usted, en efecto, responde Holmes, tanto por lo que afirma, pero además por el hecho imposible de que se halla usted en este parque, a altas horas de la noche, solo e ileso; no ha sufrido asaltos, robos, atracos o violencias; sin el escudo del sueño, *my dear*, tal situación es inconcebible. Callo, casi avergonzado, mientras la figura de Sherlock se va esfumando en la noche. El impacto del encuentro prolonga mi alucinación, y no puedo percibir los tres bultos negros que, tras cruzar la calle Caracas, vienen a mi encuentro.

La llamada de la selva

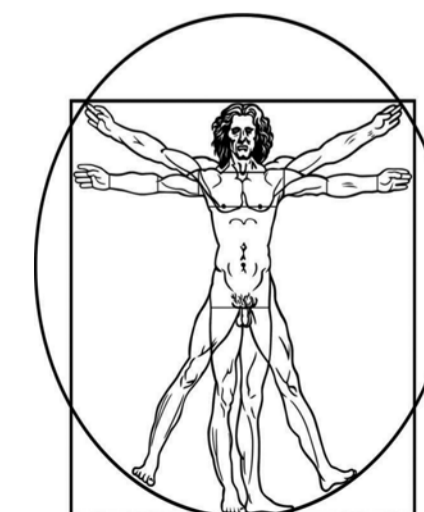
Parado al borde del barranco, con el río corriendo allá abajo, la tarabita colgando al otro lado, oyo la pregunta que desde allí le enviaban. Cerró los ojos, para ver mejor. Vio el fuego del hogar, el rasgueo del tiple, las castañuelas. Vio también los pactos, las coyundas del dinero, las fatales transigencias, la cerviz inclinada; pensó en aquello que se manifiesta “a través de silenciosos efectos colaterales, de derrumbes espirituales, de sofocados sollozos...”. Gritó: No soy aserrador. Dio media vuelta, y se internó en la selva.

Correo de las brujas

No sé de fórmulas para detectar o juzgar la mejor prosa, lo que en ella hay de hechizo, de elocuencia, de sabio trato con las palabras. Tal vez sea mejor así, dejar a nuestro olfato que juzgue por su cuenta. Tres libros recientes de escritoras antioqueñas—dos novelas y una suma de relatos— me conducen, cada una a su manera, a ese nirvana: *Adiós al mar del destierro* (Lucía Donadio), *La carretera será un final terrible* (Andrea Mejía) y *Malas posturas* (Lina María Parra). Tres obras excelentes, pero que el nacer en un sitio sin vehículos de reseñas críticas les deja el solo recurso de la respiración boca a boca; o de las tertulias entre amigos más o menos inocuas. Como esta.

CODA

El artista al que entrevistado sabe que le preguntarán sin falta para quién trabaja. Una buena opción es Montaigne: “Recuerde usted a aquel a quien, como le preguntaran por qué se esforzaba tanto en un arte que apenas podía llegar al conocimiento de muy pocas personas, respondió: ‘Con muy pocas me basta. Con una sola me basta. Me basta con ninguna’”. ©



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com



La llegada de Andrómeda

por LINA MARÍA PARRA • Ilustración de Julián Cárdenas

El hombre de la moto se quita el casco y desde la ventana puedo ver su pelo rojo. Tiene los ojos irritados, la piel quemada por el sol y llena de pecas. Parquea la moto en la entrada de la finca y no toca la campana de la portada, no necesita llamar la atención, sabe que lo están esperando. Cada mes lo esperan y él llega puntual, se baja de la moto, se quita el casco y no toca la campana. Usualmente nado en la piscina o leo en una hamaca y me hago la que no sabe que esto sucede, no escucho, no siento los pasos de mi papá sobre la gravilla cuando sale hasta el portón, ni el intercambio de palabras dichas entre dientes. La llegada del Mono siempre sucede a plena luz, antes del almuerzo, pero todos en la casa volteamos para otro lado y es mi papá quien camina solo, con un sobre de manila en la mano y dentro del sobre el paquete de billetes de cada mes. Mi papá es un hombre confiable, de palabra, se acerca en silencio y apenas si saluda al Mono con un movimiento de la cabeza. Quiere dejarle en claro que lo desprecia, que aborrece sus encuentros mensuales, pero como es un hombre de palabra, el Mono recibe el sobre de manila y no lo abre, no tiene que contar lo que hay adentro. Nunca se dan la mano.

Esta vez no nado en la piscina, ni me mezo en la hamaca, en cambio leo en mi cuarto junto a la ventana, en el segundo piso de la casa. La vista da al portón de entrada y cuando siento los pasos casi mudos de alguien sobre la gravilla levanto la mirada. Es mi papá con el sobre de manila en la mano. Preveo su trayectoria hacia el portón, al otro lado de los barrotes de hierro forjado de la puerta está el Mono, que se quita el casco y lo pone sobre el asiento de su moto. Ya casi es mediodía y el Mono tiene la cara toda sudada y brillante. La altura de la ventana desde donde miro me da la sensación falsa de la distancia, como si la cosa no fuera conmigo, cierro el libro y veo todo el encuentro como se mira una película o la desgracia ajena.

Mi papá nació daltónico. Se dio cuenta de pequeño, sentado con su hermano en la banca de atrás del carro de su padre. Los dos niños miraban por la ventana y mi papá le preguntaba a su hermano por qué decía que el pasto era verde si él lo veía rojo. Él mismo concluyó, unos años después, que era daltónico cuando encontró en una enciclopedia unas imágenes compuestas de círculos de colores en las que una persona normal tendría que poder discernir un número y él no logró ver nada. Todos sus hermanos leyeron las cifras escondidas en cada una de las imágenes: 39, 45, 88, 26, y él no vio más que círculos de colores terrosos. No sé si entendió entonces que gran parte del universo le había sido negada. Ya en su adolescencia empezó a interesarse por el espacio. Quería estudiar física pura para luego especializarse en astronomía. Se veía religiosamente los capítulos de *Cosmos* de Carl Sagan, buscaba libros en las bibliotecas para aprender a leer los cielos, con el dinero que ahorró de su trabajo como empacador de supermercado se compró un telescopio blanco con el que podía ver los cráteres de la luna. Empezó a tener la esperanza de que el hombre encontrara vida en el universo antes de que él muriera. No podemos estar solos.

Mi papá siempre ha sido un hombre que confía en las instituciones, por alguna razón su amor por la ciencia no le transmitió la tendencia a cuestionar los sistemas de pensamiento imperantes. Se arroja como un niño temeroso bajo el manto de seguridad de la Iglesia, el Estado, la Academia, la Familia. Yo me di cuenta de que había crecido el día que entendí que mi papá era un hombre con miedo. Desde la ventana el gesto



de su caminar pausado, como si no tuviera afán de alcanzar al Mono al otro lado del portón, se me revela doloroso. La seriedad y la dureza de sus maneras son la valentía impostada de la que se reviste para que no se note lo obvio: que tiene miedo, que está muerto del miedo.

La conversación de este mes es más larga, se demoran uno frente al otro, desde cada lado de la puerta. Hablan entre dientes, miran a su alrededor como si temieran ser sorprendidos. Mi papá mete las manos en los bolsillos del pantalón y tensiona la espalda mientras el Mono se rasca la cabeza y guarda el sobre de manila. Desde la ventana me doy cuenta de que mi papá no quiere seguir ahí y por un momento me propongo bajar a acompañarlo. Hacerme la que no sabe nada y saludar al Mono como si no supiera quién es él y para qué viene cada mes. Pero yo también tengo miedo y me resguardo en la altura de la ventana como si fuera mi propia institución fantasmal.

En un momento mi papá niega fuerte con la cabeza, e inusualmente el Mono parece un poco inseguro. Saca el sobre de manila que ya había guardado en el bolsillo de su pantalón y por primera vez lo abre en frente de mi papá. El pelo del Mono chispea bajo el calor, hecho una llama de rojos brillantes, naranjas estridentes y amarillos encendidos, pero mi papá no puede verlo, para él el pelo del hombre al que debe pagarle cada mes una especie de seguridad obligada, es simplemente rubio cenizo. Yo, desde la ventana, sí me encandilo con la brillantez del pelo del Mono y me olvido por un momento de las razones que lo traen mensualmente a nuestra puerta, para maravillarme con los colores terriblemente violentos que lo coronan. Pienso en una zarza ardiente, pienso en la imagen de la galaxia de Andrómeda.

En la universidad mi papá estudió ingeniería electrónica. Se dejó convencer por su padre de la inseguridad económica que implicaba estudiar física. Se dejó llenar de miedo sobre el futuro. La astronomía se convirtió en su pasatiempo. Al telescopio le dio un hongo en uno de los lentes y la reparación era tan cara que quedó olvidado en el cuarto útil de la casa de mis abuelos. Aun así, cada noche mi papá levantaba la mirada al cielo y nombraba las constelaciones

que reconocía: Orión, Canis mayor, Canis minor, Tauro, las Pléyades. Señalaba para sí mismo las estrellas por su nombre: Betelgeuse, Rigel, Sirio, y coleccionaba fotos de galaxias. Su favorita era Andrómeda. Fue uno de los primeros en tener internet comercial en la ciudad, y se descargó un programa para que, mientras él no lo usara, la Nasa empleara su computador como procesador de los datos recogidos por los satélites espaciales que buscaban vida extraterrestre. El universo era algo hermoso que no le daba miedo. La vastedad oscura que rodea a la Tierra lo asombraba en su colorido, y de pequeña me mostraba las fotos de las galaxias, los diagramas de los agujeros negros, el modelo del sistema solar, los anillos de Saturno.

Tengo el libro cerrado entre las manos, pero siento que los dedos se me entumecen. Mi papá allá abajo, y su conversación con el Mono, se me hacen algo del pasado. De repente entiendo que mi papá no puede ver los colores de las galaxias. Que las fotos que admira en sus libros son para él nada más que una amalgama de colores amarillentos y marrones, ocre y mostazas. El universo de mi padre es uno que no distingue entre los rojos, los fucsias y los azules. El calambre se me sube hasta las palmas de las manos y me duele pensar lo que pienso. Como si alguien hubiera muerto, me ahoga la impotencia de no poder mostrarle lo que yo veo siempre que juntos admiramos las nuevas fotografías que la Nasa publica de la galaxia de Andrómeda, tomadas en infrarrojo por el telescopio Spitzer. Ante el espacio él es un hombre sin recelos, pero caigo en cuenta de que también es un hombre ciego. Ha tenido que enfrentar el universo con la certeza de que no puede verlo, de que hay una infinidad de posibilidades que se desdoblán en los colores de las cosas y que a él le han sido negadas. Y aun así lo enfrenta, lo busca, lo estudia maravillado.

Abajo la conversación sigue entre dientes, mi papá mira hacia la casa pero no me ve en la ventana del segundo piso. El Mono hace rato dejó la pose de cobrador y parece desenroscarse en una historia larga que mi papá se ve obligado a aguantar. Se levanta la camiseta para secarse el sudor de la cara y asomada por la pretina de su pantalón hay una cachá de revólver. Mi papá y yo la vemos. Yo sé que él la ve por cómo

su espalda se endereza crispada. Alcanzo a arrastrar algunas palabras de la conversación, son recomendaciones bienintencionadas. En la noche mi papá nos explicará con rabia que el Mono le advirtió que mejor no volviéramos al pueblo en unas semanas, que no nos preocupáramos que ya no había que pagar más, que él quedó muy bien parado porque es un hombre de palabra, pero que la cosa se va a poner caliente. Le dolerá decirlo, porque nunca pagó por voluntad, sino por miedo, y por obligación.

Se espera que la galaxia de Andrómeda choque con la Vía Láctea en cuatro mil millones de años. Se espera que un bloque guerrillero que viene movilizándose desde el sur del país choque con los paramilitares que han dominado esta zona por varios años. Del ejército nada se sabe. Desde la ventana advierto cómo con este último pago se derrumba la confianza de mi papá en las instituciones. Se queda parado al pie del portón de hierro y mira a través de los barrotes la estela de tierra amarilla que levanta la moto del Mono en la carretera mientras se aleja. Yo lo veo flotar solo en el universo, sin nadie que lo acoga, que aplaque su miedo. Su única certeza es el vacío.

Luego camina hacia la casa, lento, como si tratara de no hacer ruido con sus pasos sobre la gravilla. Se sienta en la jardinera junto a la casa y se queda mirando un árbol de pomarrosas maduras. Sé que no puede ver su color rojo sangre. Mi papá confía a ciegas en que las cosas son como le dicen que son, solo puede acceder a versiones fantasmales y amarillosas de esas mismas cosas. Flores, frutas, galaxias. Me enseñó de niña cómo diferenciar los planetas de las estrellas. Estas titilan, los planetas no. Me enseñó a identificar a Marte por su color rojo, color que él nunca pudo ver. Me enseñó a no tenerle miedo a cosas por las que a él le estaba aterrado. Sé que no quiere entrar a la casa, que le avergüenza dar la cara como si nada hubiera sucedido. Tiene miedo y espera un momento a que se le pase. Esta vez el momento es largo. Se acomoda sobre la jardinera, recoge una poma del suelo y se la come. Parece que prefiriera esperar cuatro mil millones de años a la llegada inevitable de Andrómeda. ©

*Este cuento hace parte del libro *Llorar sobre leche derramada* (Animal Extinto, 2020)

Leche derramada
Lina María Parra
Editorial Animal Extinto
2020





8 LABORATORIO
INTERNACIONAL DE GUION
DEL 12 AL 26 DE OCTUBRE 2020 • BOGOTÁ • COLOMBIA

OCT 22 - 26/2020

PENSAR EL GUION

¡Participa y haz tu propia inmersión!

EMISIÓN LIVE 

diaria / inscripción sin costo

labguion@cinefilia.org.co ☎ +57 300 470 72 51

MASTERCLASS
5 ASESORES
ONLINE





Fredy Alzate
Scarabaeus laticollis (escarabajo pelotero)
Neumático reciclado
Diámetro 250 cm
2015

*Propuesta desarrollada para la exposición *Horror Vacui* en la Galería de la Oficina
Registro de intervención en la Comuna 3 de Medellín, barrio La Honda
Fotografía: Rodrigo Díaz

Su norte es el sur

Fotografías y texto por LUCA ZANETTI

Traducción de Julián Restrepo



Foto 1.

Si vives en México es probable que asocies migración con La Bestia, un lento tren de carga que comienza su recorrido en la frontera sur y es aprovechado por muchos migrantes provenientes de América Central, afligidos por la pobreza, para emprender sus arriesgados viajes hacia el norte, hacia los Estados Unidos.

Al mismo tiempo, familias de cristianos menonitas de los estados norteros de Chihuahua y Tamaulipas viajan en dirección opuesta al sueño americano. Su periplo hacia el sur termina en las llanuras inundables del oriente colombiano, los Llanos (que tienen cerca de 310 000 kilómetros cuadrados, un área similar a la de Polonia). Esto puede comprenderse mejor como parte de una épica migración en busca de tierra y oportunidades, y de liberarse de la persecución religiosa que comenzó en Europa occidental en la Edad Media.

Descendientes de cristianos anabaptistas o creyentes bautistas suizos, alemanes y holandeses, los menonitas creen en la separación entre la Iglesia y el Estado, el pacifismo y en que una persona debe ser bautizada cuando ha alcanzado la edad del consentimiento. Estas ideas chocaron con las de la Iglesia católica y las de otros reformadores como el suizo Ulrico Zuinglio, quien promovió la ejecución por ahogamiento de Félix Manz, uno de los primeros anabaptistas, en el río que pasa por Zúrich, el Limmat, luego de que este expusiera sus

ideas en el grupo de discusión de la Biblia al que ambos pertenecían.

Tolerados en algunos países, pero a menudo perseguidos violentamente, migraron a Rusia, donde establecieron colonias a finales del siglo XVI. Su dialecto alemán, el *plattdeutsch* o bajo alemán (que suena como la parodia del discurso de Adolf Hitler que hace Charles Chaplin en *El gran dictador*), ha sobrevivido hasta el día de hoy, ligeramente transformado por palabras prestadas del ruso. Desde Rusia salieron en tres grandes migraciones hacia el continente americano. La primera a finales del siglo XIX. Luego de la Revolución rusa, muchas de sus granjas fueron expropiadas y muchos fueron asesinados por ser vistos como extranjeros de clase alta y privilegiada. Se les llamaba kulaks, un término empleado para referirse a granjeros que poseían más de tres hectáreas de tierra. Esto provocó una segunda ola entre 1920 y 1930, cuando marcharon alrededor de veinticinco mil más hacia Canadá, Brasil y Paraguay. Un grupo de estos migrantes, descontentos con la intromisión del gobierno canadiense en sus métodos de enseñanza, partió para México y Estados Unidos. Una última migración se dio entre 1948 y 1950, al terminar la segunda guerra mundial, cuando otros diez mil menonitas cambiaron la Rusia de Stalin por Canadá y Paraguay. En este último país cultivaron exitosamente las áridas tierras de la región del Chaco, habitadas por los indígenas guaraníes, y se convirtieron en una importante fuerza económica.

Para llegar hasta donde se está escribiendo el más reciente capítulo de la historia menonita, viaje desde la capital de Colombia, Bogotá, situada al occidente, en la cordillera de los Andes, hasta las aparentemente interminables llanuras de Casanare, al pueblo de Orocué. Allí pongo mi motocicleta en un pequeño bote para surcar las aguas color caramelo del río Meta. De nuevo en tierra firme, paso por el caserío de El Porvenir, donde la mitad de los hogares han sido abandonados y reclamados por la vegetación. Este es el legado de una masacre perpetrada en 1987 por un grupo paramilitar conocido como Macetos, quienes asesinaron a siete habitantes y desplazaron a la población entera hacia el Casanare. No hay evidencia concluyente, pero los lugareños están seguros de que los paramilitares estaban asociados a Víctor Carranza, el “zar de las esmeraldas” y ganadero, quien logró adueñarse de las tierras de El Porvenir. Mucho antes de la llegada de Carranza los campesinos de El Porvenir llevaban años en sus tierras. A pesar de una sentencia de la Corte Constitucional que en 2016 los reconoció como ocupantes históricos con derecho a títulos de propiedad, en el terreno se han repetido las amenazas, las últimas de ellas en 2018. Este es el contexto social en el que los menonitas mexicanos hicieron su masiva compra de tierras en las cercanías.

Desde El Porvenir, el GPS marca una distancia de 58 kilómetros hasta la colonia de Liviney, en los 4° 24' 41.91" N y 71° 36' 5.7" O. La carretera para llegar allí, la ruta 40, hace un desvío de 140 kilómetros de huecos y traqueos. Es una línea, entre tortuosa e inútil, que comenzó a tenderse en la década de los treinta y que debería conectar, de haberse terminado, el puerto de Buenaventura, en el Pacífico, con Puerto Carreño, la capital del Vichada, desde donde se puede ver al poderoso río Orinoco internarse en Venezuela.

Un pastor evangélico del Movimiento Misionero Mundial, a quien ayudo con una llanta pinchada, me enseña un atajo a través de la sabana. “Es fácil”, me dice, en la señal del kilómetro 56 solo tengo que girar a la izquierda, entrar en la sabana y seguir una trocha, siempre a la izquierda, hasta ver vastos y proliferos cultivos de arroz, soya y granos.

No había manera de que intentase cruzar la sabana con las exiguas instrucciones del pastor. Al llegar a la señal del kilómetro 56 tengo suerte y me encuentro unos trabajadores de carreteras tapando algunos huecos, dos de ellos llaneros que hablan con un acento casi indistinguible del de los llaneros de Venezuela.

Ellos pueden decirme exactamente cuántas zanjas quiebrapatras para ganado tengo que pasar antes de girar a la izquierda, justo antes de una laguna, y tomar camino por la sabana abierta, atento al tercer tanque de agua que está montado sobre un armazón de cemento. Junto al tanque veré una cerca, allí volteo a la derecha y la sigo hasta ver un cultivo de grano con un aviso rojo y blanco que advierte que aquello es propiedad privada y que está prohibido cazar. “¡Ahí es donde están los alemanes!”. Les pregunto qué tan lejos queda. El más viejo responde: “Es algo leeejos”.

Avanzando por una pequeña trocha medio inundada, entre cientos de montículos de termitas, cortando por entre una hierba marrón que llega a la altura del pecho y que se parece a la cola de una vaca, donde veo huir a un venado, y pensando en que la tierra es definitivamente plana, estoy cruzando un paisaje cultural que pertenece a la orgullosa raza de jinetes, los llaneros.

Los llaneros pueden verse montando descalzos sus caballos criollos, siempre con un cuchillo al cinto, a veces con un revólver. Pueden encontrarse



Foto 2.



Foto 3.



Foto 4.

masticando una pasta de tabaco negro llamada chimó o fumando hojas de tabaco secas enrolladas como un cigarro, con su aspecto estoico, mirando el horizonte infinito, bajo la sombra de sus sombreros.

Arrean y marcan ganado salvaje para los pocos hatos tradicionales que quedan, cuyos ricos propietarios se rehúsan a abandonar las antiguas y económicamente ineficientes prácticas de la ganadería extensiva, solo por gusto. Hoy en día, estos “señores feudales”, que hasta finales de los sesentas cazaban indígenas guahibos como si fuesen venados o dantas, para extender sus tierras de pastoreo y que hoy, como ayer, explotan a los llaneros como mano de obra barata, se han convertido, paradójicamente, en los protectores no solo de las tradiciones del Llano sino también de grandes áreas de su amenazado ecosistema.

Luego de perder de vista varias veces el tanque de agua y la trocha debido a la fuerte lluvia, finalmente llego, cerca de las cinco de la tarde, al aviso que marca el comienzo de Liviney. Me tomó siete horas cruzar los 45 kilómetros de sabana. Una semana después, a mi regreso, con el conocimiento adquirido y con la trocha seca gracias a dos días consecutivos de sol, me tomará dos horas. En Liviney los caminos son de tierra colorada, de diez metros de ancho, cubiertos de grava fina y flanqueados por un tendido eléctrico recién instalado. Las distancias se dan en metros, el tiempo en minutos y en domingo nadie trabaja, incluyendo aquellos que no van a la iglesia. Caminos, electricidad, escuelas e iglesias son bienes comunes que los menonitas financian de acuerdo con cuántas hectáreas posee cada familia. La propiedad entre ellos difiere enormemente: las familias con propiedades más pequeñas cultivan unas 35 hectáreas y llegan a fin de mes trabajando la tierra de los grandes propietarios, que poseen hasta mil hectáreas.

El primer menonita que conozco es Isaak Fehr —uno de tres Isaak Fehr que hay en la colonia, no son familiares—, quien habla un perfecto inglés con acento canadiense. Lo encuentro recién bañado disfrutando la puesta del sol con su esposa y tres de sus ocho hijos. Toma sorbos de mate frente a su casa, que es del tamaño de un hangar para aviones y que alberga no solo a su familia sino también al valioso y gigantesco equipo para sembrar, cosechar e irrigar.

Después de las presentaciones me dice que debería registrarme de inmediato en el único y pequeño hotel de propiedad de su vecino, el pastor Abram Fehr, quien pronto partirá, como cada noche, para su círculo de estudio de la Biblia, y solo regresará hasta tarde.

Isaak se despide invitándome gentilmente a visitarlo a él y a su familia a la mañana siguiente, para desayunar a las siete, añadiendo que lo hace muy feliz encontrar finalmente a alguien con quien poder hablar en inglés.

En el hotel me recibe un gran pastor alemán que corre hacia mí con intenciones poco claras, mientras Abram Fehr lo llama por su nombre. Al final comienza a menear su cola y a husmear las llantas embarradas de mi moto. Como único huésped puedo elegir entre cinco habitaciones idénticas con aire acondicionado, una pequeña ventana y dos camas dobles. Hay otras cinco habitaciones en construcción, pero con los viajes internacionales suspendidos debido a la pandemia del coronavirus, el flujo de huéspedes menonitas que buscan comprar más tierra en Colombia se ha detenido. Antes de esto recibían visitantes de México, Paraguay, Bolivia y Argentina. En particular, me dice este pastor alto, en buena forma, calvo y de ojos azules, la gente de Argentina es la más decidida a establecerse aquí.

No porque les falte tierra, hay montones de ella en Argentina, sino porque el gobierno interfiere cada vez más en su sistema de enseñanza, alegando que es un atropello a los derechos de sus hijos. Los niños menonitas comienzan el colegio a los seis y lo terminan a los trece. Es por eso que hay muchachos que apenas pueden ver por sobre el volante manejando enormes tractores y muchachas trabajando duro en casa, en la cocina y el jardín.

Me duermo arrullado por millones de grillos. En la mañana, cuando el sonido viaja más lejos en el aire húmedo, puedo escuchar el clamor de los monos aulladores que llega desde los parches de selva de los alrededores, que parecen islas en un mar de hierba y crecen a lo largo de los ríos y caños. Los locales los llaman morichales, porque las palmas de moriche se elevan por sobre el resto de la vegetación. Estos bosques pantanosos son el hogar del jaguar, el tapir y la anaconda, así como de miríadas de otras especies. El hogar de la familia de Isaak Fehr, donde disfruto de un delicioso desayuno hecho de pan casero, mermelada y pastel de manzana,



Foto 5.



Foto 6.



Foto 7.



Foto 8.



Foto 9.

es del tipo espartano. En las habitaciones no hay nada decorativo más allá de algunas citas bíblicas y un cuadro de un vaquero arreando ganado, un regalo que el padre de Isaak le dio cuando este se fue de México. Este despliegue de humildad es más visible en el cementerio de Liviney, un lote de veinte metros cuadrados rodeado por un muro de cemento de un metro de alto. A ras de suelo en una de las esquinas hay una pequeña y solitaria lápida de mármol con la inscripción: “El bebé de John Fehr Janzen, nacido el 22 de junio de 2018 y muerto el 5 de diciembre de 2018, vivió 5 meses y 13 días”. La primera persona en morir en la nueva colonia.

A pesar de esta simplicidad, considerada como una virtud cristiana equiparable a la sinceridad, la humildad y la franqueza que parecen oponerse al materialismo, la gente aquí se apresura a señalar que la tradicional imagen de fanáticos conservadores que los extraños tienen de los menonitas, como un grupo de granjeros que rechazan la modernización por motivos religiosos, no podría estar más lejos de la realidad. Estos colonos usan computadores, camionetas, celulares, cuatrimotos e internet.

Los jóvenes salen los domingos a jugar voleibol, escuchar rock, beber cerveza (solo los muchachos), fumar y hablar de cuánto más cool era la vida en los Estados Unidos, Canadá o México cerca de las grandes ciudades.

El aire acondicionado es omnipresente: en la iglesia, en la escuela, en casa, en los carros y en las cabinas de los tractores. Los hombres son más conductores de camiones, constructores y mecánicos que granjeros. Contemplan sus sembrados desde la altura de las cabinas computarizadas de su gigantesca maquinaria.

Todo lo que hace más liviano el trabajo parece verde o amarillo y marca John Deere, desde las grandes máquinas hasta la podadora de césped, la parrilla para los asados, la hebilla del cinturón y la gorra de béisbol. Las mujeres, por su parte, visten batas que llegan hasta el piso, de confección casera y colores oscuros, en las que predominan el negro, el gris y el marrón.

Se encuentran los mismos colores y patrones en las baldosas y el papel tapiz de las casas. Una mujer joven podría vestir un vestido rojo oscuro con un diseño de flores y llevar el cabello suelto, pero esta extravagancia desaparece con el matrimonio, pues las flores son reemplazadas por patrones de rayas o cuadros, los colores se vuelven más oscuros y el cabello será cubierto con una pañoleta. Vivir en una sociedad estrictamente patriarcal hace que la mayoría de las mujeres con las que me encuentro muestren una suerte de sumisión, que se expresa en no mirar directo a los ojos a menos que la conversación esté mediada por un miembro masculino de la familia.

A cargo de mantener la casa limpia, hacer tres comidas al día y velar por los niños, las mujeres rara vez van a los campos, a menos que sea el tiempo de la cosecha. Entonces pueden verse sentadas junto a sus esposos en las cabinas John Deere, que son del tamaño de un auto pequeño.

Isaak Fehr está contento en Colombia, donde ha vivido cuatro años, pero algunas cosas, dice, podrían ser diferentes. Le disgustan los vientos alisios del este que soplan sin falta por los flancos de los Andes orientales de Colombia y Venezuela, entre diciembre y abril. El viento lo pone nervioso; sufrió de lo mismo en Tamaulipas, donde su granja estaba cerca del océano Pacífico y lo decepciona no haber encontrado un nuevo hogar libre de viento.

Otra decepción son las carreteras colombianas: “Demasiadas curvas, ¿por qué no las construyen derecho y construyen puentes en lugar de ir

zigzagueando por ahí?”. Su última queja concierne a la población local: “Tengo que decirlo, los colombianos tienen la reputación de ser muy amables y acogedores, pero lo amistoso les dura hasta el momento en el que tienen tu dinero, ¡entonces se acaba! Un comerciante de grano todavía me debe quince millones de pesos de mi última cosecha. ¡Estoy seguro de que nunca los voy a ver!”. Isaak habla sin descanso de comprar tierra en Venezuela mientras su esposa mueve la cabeza con desaprobación y sus hijos miran la mesa evitando el contacto visual. ¡Está convencido de que con el colapso de la economía la tierra allá debe estar muy barata!

Ramon Dick participó en la exploración de la nueva colonia y se convirtió en uno de los primeros en establecerse en febrero de 2016, y me enseñó cómo empezó todo. El proceso que puso la migración en movimiento comenzó en 2013 con una reunión casual en una feria sobre tecnología de perforación profunda en los Estados Unidos entre un tío de Ramón, Peter, y un colombiano que lo invitó a visitar los Llanos. De ese primer viaje, el tío Peter regresó perdido y enamorado de Colombia y comenzó a incitar a su colonia (unos cien mil menonitas en el norte de México) con fotografías e historias de extensiones interminables de pastizales. En 2014 hizo un segundo viaje, esta vez con otros veinte granjeros y hermanos en la fe. Ramón, cauteloso al principio y algo temeroso de Colombia por su mala imagen, se decidió y aceptó viajar. Su rostro se ilumina al describir cómo se sintió por primera vez, viniendo de un desierto al norte de México (donde el agua es escasa y se encuentra a doscientos o más metros de profundidad), ante el verde exuberante de los aparentemente interminables pastizales de las llanuras inundables al oriente colombiano. “Si Dios quiere, en veinte años esto podría ser como una campaña en los Estados Unidos”, recuerda haber pensado. Luego de la segunda visita, que despertó gran entusiasmo, las cosas se aceleraron y tomaron más forma de negocio.

Tres hombres designados, conocidos como “jefes de colonia”, viajaron al departamento del Meta e inspeccionaron con más detalle Liviney, un rancho de siete mil hectáreas en venta, a trescientos kilómetros al sur de la capital regional, Villavicencio. Convencidos de que la tierra era prometedora y una ganga, los jefes de colonia regresaron a México en busca de compradores. Ochenta familias firmaron un compromiso ante notario. Cada signatario tiene un plazo para pagar, y pasado este tiempo, la tierra será ofrecida a alguien más de la comunidad. Con los compromisos firmados en sus bolsillos los jefes volvieron a Colombia para reunirse con los agentes inmobiliarios, pero primero tuvieron una reunión crucial con políticos de los departamentos del Meta y el Vichada. Buscaban tener la seguridad de que el gobierno les permitiría mantener su estilo de vida, es decir, abrir sus propias escuelas, iglesias y cementerios; también, que no tendrían que enviar sus hijos al servicio militar obligatorio, lo que podía llevarlos al frente en la guerra contra las drogas y la insurgencia.

Los políticos colombianos les dieron seguridades con la condición de que se mantuvieran “saludables”, es decir, que evitaran actividades ilegales. Para los menonitas, mientras menos se entrometa el Estado, mejor. Isaak Fehr dejó México por Canadá cuando se casó y regresó a México después de algunos años porque “¡Canadá es como un Estado comunista, van detrás de cada dólar que haces!”.

Los menonitas están definitivamente en el medio de un experimento de capitalismo clásico. Se asentaron en un lugar donde la tierra es abundante y puede comprarse por un promedio de mil dólares la hectárea y rebosa de sol y lluvia, y el agua potable se encuentra perforando a una profundidad de treinta metros. En cuanto a la mano de obra, pueden sacarla de un enorme estanque de desesperados migrantes venezolanos que deambulan a lo largo y ancho de Colombia en busca de una vida mejor.

A solo trescientos kilómetros más al norte, más cerca de Villavicencio, donde las cosechas cambian de mano y comienzan su proceso de adquisición de valor, una hectárea podría costar diez mil dólares o más.

El modelo de agricultura a gran escala de Liviney, Australia y Florida (las tres grandes posesiones menonitas), con maquinaria pesada y lejos del consumidor final, no solo es increíblemente intensiva en capital y uso de energía, así



Foto 10.



Foto 11.



Foto 12.

como una causa principal del calentamiento global y la sobreproducción de alimentos, sino también un negocio arriesgado.

Dos de las familias ya dejaron Liviney debido a malas cosechas sucesivas, vendieron todo y regresaron a México. Abram Loewen tuvo suerte y terminó por comprar la casa y algo de la maquinaria de una de las familias que se marchó. “Aquí tienes que meterle un montón de dinero a la tierra antes de ganar algo. Primero, tienes que prepararla con cinco toneladas de calcio por hectárea para incrementar la absorción de nutrientes; luego, preferiblemente, plantas arroz primero para reducir la acidez del suelo; después de eso, puedes plantar los cultivos que realmente producen dinero: maíz y soya. Si es necesario, añades fertilizante y pesticida a cada cultivo, en diferentes etapas de crecimiento, dos o tres veces. Aquí el maíz necesita 120 días para crecer, así que nos las arreglamos para tener dos cosechas al año. En Chihuahua, donde solo llueve tres meses al año, solo era una cosecha. El año pasado mi primera cosecha de grano me dio 8640 kilos por hectárea, lo que es muy bueno, la segunda, que recogí en diciembre, llegó a los siete mil kilos por hectárea y mi soya dio 3300 kilos. Luego todo se detiene, de diciembre a abril no llueve”.

Son camioneros colombianos como Alberto Cárdenas los que traen el fertilizante importado hasta el sur desde Cartagena de Indias, en la costa Caribe, a 1500 kilómetros, en un viaje de tres días. Una vez descargado, Cárdenas llena el camión con soya que, según dice, va a alimentar una gigantesca granja porcícola propiedad del expresidente Álvaro Uribe Vélez.

Cuando le pregunto al hotelero y pastor Abram Fehr qué piensa la comunidad acerca del calentamiento global, visto que los menonitas mismos, si no son refugiados del cambio climático, por lo menos han sido afectados por el fenómeno en México, me mira estupefacto y evade la pregunta mencionando el hecho de que, con solo treinta familias, Liviney ha construido tres escuelas. Esto tiene que ver con diferencias acerca de si la enseñanza debe impartirse en bajo alemán, alto alemán, español o inglés.

Grandes franjas de las llanuras orientales de Colombia que hacen parte de la cuenca del Orinoco han quedado a salvo de la agricultura a gran escala y su devastador impacto sobre el ecosistema. La incursión en estos territorios fue obstaculizada por el conflicto interno colombiano. Este ya no es el caso. La compra de tierra por parte de los menonitas (que en 2020 llega a más de veinte mil hectáreas, una

extensión equivalente a una carretera de cuarenta kilómetros de largo por cinco de ancho) es parte de una tendencia que comenzó durante las negociaciones de paz del gobierno con la más antigua de las guerrillas marxistas en el continente, las Farc-EP, las cuales llevaron a un acuerdo de paz que terminó con un conflicto de sesenta años. Ellos estuvieron atentos a las negociaciones, admite el pastor Abram Fehr, pero no fue el principal factor para el traslado. El precio de la tierra en México, la presión demográfica en las colonias y un cambio en los patrones de lluvia tuvieron igual o mayor importancia.

Con los acuerdos de paz y la estricta prohibición de la tala impuesta por la guerrilla fuera del camino, junto con la disminución del riesgo de secuestros, la frontera agrícola ha estado presionando sus límites cortando y quemando en remotas regiones a velocidad vertiginosa. Esto está sucediendo a un ritmo mucho más acelerado del que le toma al Instituto Alexander von Humboldt (ente gubernamental encargado de la investigación sobre recursos biológicos) viajar hasta allí y estudiar las maravillas naturales de estas regiones poco exploradas, donde se cree que aún vive una docena de tribus indígenas no contactadas.

El día que parto y digo adiós, le pregunto a Ramon Dick acerca de la apremiante cuestión del cambio climático; su respuesta llega con una sonrisa de dientes blancos perfectos: “Como cristiano, no temo a la muerte o al fin del mundo, pues me he confiado a Cristo. Yo lo sigo, el día que muera estaré con él, ¡caminando por pavimento de oro hacia un mar cristalino!”.

Paso de nuevo por Orocué donde vive una familia de amigos llaneros, los Guarín. Les muestro las fotografías tomadas en Liviney, acompañados con café y *tungo*, un delicioso envuelto de arroz típico de la región. Lidi, Pancho, Marleny, Gioana con su hija recién nacida, Jeffersonn, Haider, todos viven bajo el mismo techo, alucinan al ver los menonitas, sus pieles blancas y rosadas, el pelo rubio, el tamaño de las casas y los enormes tractores. Las mujeres se ríen y dicen querer quedarse con uno u otro joven menonita, los hombres admiran los tractores y el potencial agrícola de la comunidad y quieren saber si en Liviney hay oportunidades de trabajo. Otra amiga de Yopal asegura que en las fotos lo único que parece “normal” son una familia de venezolanos, unas palmas de moriche y un grupo de tautacos en los cables eléctricos. ©

*Conozco más sobre las fotografías en www.universocentro.com



Foto 13.

PLACA Y PLOMO

Desde hace un buen tiempo, el mundo entero ha venido conociendo, una tras otra, las imágenes de la violencia policial en decenas de países. Cada vez es más evidente que la violencia de uniforme no obedece a los malos comportamientos de unos cuantos oficiales, sino a un problema que tiene sus raíces, fundamentalmente, en el poder que le hemos otorgado al Estado para que detente el uso de la fuerza sobre nuestros cuerpos, a través de policías y militares. El problema es en verdad de concepción del orden y de las obligaciones ciudadanas, de nociones de policía y soberanía, de seguridad y Estado. Así los gobiernos insistan en promover el discurso de las manzanas podridas, cada vez que se documenta y denuncia un caso de violencia policial, por ejemplo, incremento en la letalidad de sus prácticas o dominio de la fuerza oficial sobre el espacio público, vemos que es un problema estructural que se convierte en la norma y no en la excepción.

El año pasado se conocieron las denuncias de las prácticas policiales de disparar a los manifestantes en los ojos durante el estallido social en Chile, o de utilizar armamentos y municiones no convencionales como los *bean bags*, que acabaron con la vida de Dylan Cruz, en Colombia. Sin ir más lejos en el tiempo, este año hemos conocido las terribles imágenes de agentes policiales que, incluso, con la fuerza de su cuerpo han asesinado a ciudadanos como George Floyd y Javier Ordóñez. Adicionalmente, las protestas originadas contra estos homicidios han desencadenado una reiteración de las prácticas de violencia policial homicida en contra de la ciudadanía.

Protesta social y violencia policial son dos asuntos que en nuestras narrativas socioculturales siempre han estado de la mano: la protesta social en el mundo ha sido sistemáticamente reprimida por medio del uso de la fuerza. Pero, hoy por hoy, cada vez es más común que la protesta se organice en contra de los abusos y de las violencias cometidas por los Estados a través de los cuerpos policiales y las fuerzas armadas. Nos han reprimido en las protestas sociales y las protestas se han convertido en el único vehículo que tenemos para luchar en contra de un Estado policial violento, patriarcal y violador de los derechos humanos. Un círculo vicioso que solo gasta munición y desgasta derechos, incluido el de la vida.

Pero la protesta social es tan solo una de las aristas que conforman este complejo escenario de represión. Día a día, las personas que usan drogas, los que hacen de la calle su lugar de trabajo o vivienda, las personas LGBTI, los negros, los indígenas, los jóvenes, las mujeres viven en sus cuerpos los efectos de un Estado racista, homofóbico, aporofóbico y machista que de manera selectiva, y cuidadosamente, perfila y define quién es prescindible y, por tanto, *matable*.

La impunidad reina cuando se trata de clamar justicia por las víctimas del abuso de fuerza de los agentes. Denunciar, muchas veces, puede significar más violencias. Y probar las violencias policiales comúnmente se convierte en la palabra de la ciudadanía en contra de la del Estado. La ausencia de registros estatales que den cuenta sobre la problemática, por su parte, nos ha mostrado la necesidad de crear plataformas ciudadanas que lleven la cuenta de los atroces crímenes de la policía y que sepan analizar los datos desde enfoques diferenciales. El alto grado de subregistro de las violencias policiales ha sido uno de los principales incubadores de esta pandemia global que es la impunidad amparada por el propio Estado.

Es por eso que desde Temblores ONG hemos insistido en crear herramientas rigurosas que permitan realizar un adecuado registro de los casos y una permanente documentación de los contextos, las prácticas y las características de las dinámicas en las que ocurren los hechos de violencia policial. Así, a través de nuestra plataforma GRITA (Grabar, Registrar, Investigar, Triangular y Asesorar casos de violencia policial), hemos preparado el informe de derechos humanos *Bolillo, Dios y Patria: reporte sombra sobre las violencias policiales en Colombia* que no solo demuestra que la violencia policial es estructural y que se sostiene en un aparato legal que legitima prácticas de arbitrariedad y violación de derechos fundamentales, sino que, además, afecta de manera desproporcionada a sujetos de especial protección constitucional.

Entre los años 2017 y 2019, Medicina Legal registró que 639 personas perdieron la vida a manos de agentes de la fuerza pública en Colombia. Según estas cifras oficiales, 328 casos fueron presuntamente cometidos por las fuerzas militares, 289 por la policía y 22 por servicios de inteligencia. Mientras que las Fuerzas militares fueron responsables del 51.3 % de los casos, a la policía se atribuyen el 45.2 % y a los servicios de inteligencia 3 % (tabla 1).

En ese mismo período se registraron 40 489 hechos de violencia sexual. Según la información suministrada por Medicina Legal, la policía fue la institución con el mayor



por TEMBLORES ONG • Fotografía de Juan Fernando Ospina

Tabla 1. Homicidios en los que el presunto agresor corresponde a miembros de las fuerzas armadas, de policía, policía judicial y servicios de inteligencia; número de casos según presunto agresor al detalle y sexo de la víctima. Colombia, años 2017 a 2019p*

Presunto agresor al detalle	Año 2017			Año 2018				Año 2019p*				TOTAL
	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Indet.	Total	Hombre	Mujer	Indet.	Total	
Fuerzas militares	68	4	72	109	16	1	126	118	11	1	130	328
Policía	95	2	97	100	3	-	103	89	-	-	89	289
Servicios de inteligencia	-	-	-	9	-	-	9	11	2	-	13	22
TOTAL	163	6	169	218	19	1	238	218	13	1	232	639

2019 p*: Información preliminar sujeta a cambios por actualización. (Consulta base: 1 de enero de 2020. Fecha de corte: 31 de diciembre de 2019). Fuente: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Grupo: Centro de Referencia Nacional Sobre la Violencia. Base: Sistema de Información de Clínica y Odontología Forense (Siclico).

Tabla 2. Violencia interpersonal en la que el presunto agresor corresponde a miembros de las fuerzas armadas, de policía, policía judicial y servicios de inteligencia; número de casos según presunto agresor al detalle y sexo de la víctima. Colombia, años 2017 a 2019p*

Presunto agresor al detalle	Año 2017			Año 2018			Año 2019p*			TOTAL
	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	
CTI	18	1	19	12	2	14	17	5	22	55
Fuerzas militares	184	17	201	296	45	341	242	25	267	809
Policía	11.127	1.999	13.126	11.600	2.112	13.712	10.758	2.017	12.775	39.613
Otros	1	-	1	1	-	1	2	-	2	4
TOTAL	11.330	2.017	13.347	11.909	2.159	14.068	11.019	2.047	13.066	40.481

(Consulta base: 1 de enero de 2010. Fecha de corte: 31 de diciembre de 2019).

Tabla 3. Exámenes médico legales por presunto delito sexual en el que el presunto agresor corresponde a miembros de las fuerzas armadas, de policía, policía judicial y servicios de inteligencia; número de casos según presunto agresor al detalle y sexo de la víctima. Colombia, años 2017 a 2019p*

Presunto agresor al detalle	Año 2017			Año 2018			Año 2019p*			TOTAL
	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	
Fuerzas militares	4	14	18	22	46	68	17	36	53	139
Policía	7	29	36	5	28	33	8	25	33	102
TOTAL	11	43	54	27	74	101	25	61	86	241

(Consulta base: 1 de enero de 2010. Fecha de corte: 31 de diciembre de 2019).

número de agresiones a la población civil, con 39 613 casos, seguida por el ejército con 809 y los servicios de inteligencia con 55. Es decir que, a diferencia de la violencia homicida, en la que los casos se distribuyen de manera similar entre el ejército y la policía, en la violencia física, el 97 % de los casos fueron cometidos por miembros de la policía (tabla 2).

En cuanto a la violencia sexual, en este mismo período, hubo 241 casos cometidos presuntamente por miembros de la fuerza pública. Según los datos recopilados, 139 casos corresponden a las fuerzas militares mientras que 102 son adjudicados a la policía. A diferencia de la violencia física y homicida, en la que el mayor número de víctimas son hombres, en la violencia sexual, el 74 % de los casos corresponden a mujeres (tabla 3).

La ausencia de diagnósticos acertados sobre la violencia policial en Colombia ha dificultado la posibilidad de proponer estrategias para la erradicación de la violencia policial: reforma sobre el uso de la fuerza, los tipos de armamentos, los procedimientos policiales, los códigos que regulan la actividad policial y los sistemas de administración de la justicia.

Las alarmantes cifras de violencia homicida, física y sexual que hacen parte de *Bolillo, Dios y Patria*, que serán presentadas en noviembre, pretenden construir un primer diagnóstico que permita evaluar la situación actual de violencia por parte de la fuerza pública en el marco de las conversaciones sobre una reforma policial que resulte inaplazable. ©



El cuidado del alcantarillado comienza en casa

Una persona llega de la calle en un día de sol, entra al baño y toma un paño húmedo para limpiarse y refrescarse. Lo arroja al sanitario, descarga el agua y ve cómo empieza a subir y a derramarse el agua sin control. También puede ser que no ocurra nada ante sus ojos, que la descarga se lleve el paño y la rutina siga su curso normal. Sin embargo, las consecuencias de desechar nada ante sus ojos, que la descarga se lleve el paño y la rutina siga su curso normal. Sin embargo, las consecuencias de desechar por el sanitario y los desagües ese tipo de elementos trae consecuencias que, aunque no sean visibles, son graves para las redes de alcantarillado.

"EPM ejecuta de manera permanente sus programas de prevención y mantenimiento, pero el cuidado y la colaboración de la ciudadanía resultan básicos para lograr la óptima operación de toda la infraestructura del sistema de saneamiento", dice Hemel Adolfo Serna, jefe de la Unidad Operación y Mantenimiento Gestión Aguas Residuales de la empresa.

El ingeniero recuerda que elementos como paños y toallas húmedas, preservativos, toallas higiénicas y tampones, pañales, seda dental, colillas de cigarrillo, medicamentos, aceites, pinturas, disolventes y cabello deben ser dispuestos en recipientes adecuados para ser entregados a los vehículos recolectores de basuras y en ningún caso se deben arrojar a sanitarios, lavaderos o lavaplatos, "porque pueden taponar las tuberías de las redes internas y acometidas de alcantarillado de sus propias viviendas, y causar lo mismo en el sistema de redes públicas de alcantarillado", explica Serna.

Desde hace más de 40 años EPM empezó un programa de saneamiento del río Medellín y sus afluentes, lo cual ha



requerido la construcción de una amplia red de colectores e interceptores para llevar el agua a las dos plantas de tratamiento de aguas residuales (PTAR) del Valle de Aburrá: San Fernando y Aguas Claras. En ambas se trata el 84 % de las aguas residuales que producen los usuarios del sistema de alcantarillado del Valle de Aburrá de EPM.

Sin embargo, ese sistema, aun con toda la tecnología que lo compone, requiere del apoyo de los usuarios para que los procesos se desarrollen de forma óptima y se reduzcan los impactos sobre las redes de alcantarillado, las plantas de tratamiento de aguas residuales y el medio ambiente.

Elo es fundamental no solamente en las viviendas sino también en las calles, donde en muchas ocasiones las basuras taponan las rejillas de las aguas lluvias. Para esto último, EPM invita a los usuarios a reportar en la línea 4444 115

las obstrucciones en los sumideros que, de no ser corregidas, pueden generar inundaciones.

Por otra parte, Serna destaca la importancia de que las personas que adelantan obras de construcción realicen un buen manejo de los materiales y residuos para impedir que, con las lluvias, el flujo de estos elementos genere dificultades en las redes. "Tapar el material o instalar diques de contención en pendientes, además de disminuir el desperdicio, es una acción que protege la red de la acumulación de sedimentos", afirma el funcionario.

La próxima vez que esté frente a un sanitario o un desagüe y se le pase por la mente desechar un elemento que pueda obstruir las redes, piénselo dos veces. Los efectos pueden no notarse de inmediato, pero disponerlos en el lugar adecuado puede evitarle problemas no solo a usted sino a la compleja red que de alcantarillado que está al servicio de todos.



Fotos: EPM



Debíamos reaccionar y reaccionamos. Nuestra naturaleza es la calle, es la manera como entendemos la ciudad y lo que pasa en ella: la pintamos porque la queremos y nos duele. Con los asesinatos por parte de la policía en Bogotá nos agrupamos y reaccionamos rápido. Reaccionamos al asesinato selectivo de líderes sociales, reaccionamos al desbordamiento de las masacres de este año que quedan en la total impunidad bajo el amparo del gobierno actual, reaccionamos por los feminicidios cuyas cifras son cada vez más alarmantes y parecen empeorar.

A Diego Felipe Becerra lo asesinó la policía por pintar un grafiti el 19 de agosto de 2011. El policía declarado culpable está prófugo de la justicia. Por Trípido y por su memoria también pintamos este mural.

El grafiti es vitalidad, hermandad, amor por las calles. Es una de las formas que encontramos nosotros para interactuar con los espacios de la ciudad que están olvidados, que han sido prohibidos, que son invisibles. Todxs lxs que pintamos en las calles entendemos de qué va la cosa. Acercarse a un muro, sacar un aerosol, un marcador, un tarro de vinilo, poner una firma, un dibujo, seguir caminando en la noche, de eso se trata.

Sin embargo, esta vez, por el peso de las circunstancias, nos juntamos más de setenta personas porque nos duele lo que está pasado con la vida, por el desprecio de la vida por parte de las instituciones del Estado.

Llegamos temprano al muro, cada persona tenía su labor. Unxs mezclaban la pintura, otrxs preparaban los rodillos, los extensores. Procedimos a pintar primero el fondo de amarillo. Luego las letras de negro. Tenía que suceder rápido y así fue.

Por grupos más pequeños ordenamos el proceso. Algunxs delineaban las letras, otrxs rellenaban los fondos, pulían los errores en el trazado. El mensaje tenía que quedar limpio, claro. Esto se repitió en cada letra, por los más de 750 metros cuadrados que tiene el muro. Cada quien puso de su parte, nadie estaba por encima de nadie. Todxs trabajábamos para conseguir el mismo objetivo: tener un mensaje contundente en la ciudad.

Debíamos estar atentos a las señales. Sabíamos que podía ser peligroso. En el proceso pasó un carro de la policía grabando con sus celulares, luego una tanqueta del Esmad que hizo sonar el pito de manera irónica como si nos saludaran, los policías adentro de la tanqueta nos mostraron sus sonrisas socarronas, desafiantes. Pintamos el mensaje en cuatro horas y media.

Nunca en la historia del grafiti de la ciudad había pasado esto. Celebramos la unión y lloramos a nuestros muertos. Nadie nos dijo qué hacer, nadie nos pagó un solo centavo, el dolor colectivo fue el que nos movió y respondimos con lo que sabemos hacer: dar un mensaje preciso en las calles.

Queremos que la vida sea valiosa. Queremos no temerle a la policía. Queremos que no nos sigan matando. ©

Fotografías y texto por COMUNIDAD DE PINTURA CALLEJERA MEDELLÍN



¿Es posible retratar una ciudad a la velocidad de una epidemia global? ¿Cuántos miles de disparos hacen falta para capturar el espíritu de este instante de la historia? ¿Es posible llamar exposición a una parpadeante selección de imágenes de un fenómeno que aún se agita y resopla? La Piloto y Universo Centro intentan responder todo esto con Diarios inciertos: una memoria de nuestra pandemia. Una exposición en línea para rememorar en caliente: diariosinciertos.bibliotecapiloto.gov.co

Como el óxido, que logra invadirlo todo con paciencia. O al estilo solapado y eficiente de las lloviznas mojabobos, de pronto un día despertamos y la pandemia ya estaba aquí.

Y todos estábamos empapados.

Podríamos rastrear las huellas del monstruo en los millones de palabras que fueron infestando las pantallas. Una especie de diario colectivo, un electrocardiograma escrito de nuestras respectivas vidas interiores: garabatos de escepticismo, risa nerviosa, miedo, resignación, compasión, cinismo, impaciencia...

Pero en estas imágenes que vemos aquí todo es luz. O por lo menos imagen. Retazos visibles de un voluminoso diario visual de nuestra propia versión de la pandemia generada por la expansión del virus del covid-19 en el planeta. Edición Medellín 2020.

El autor de las más de veinte mil fotografías que hasta ahora componen este diario de campo —del que hacen parte estas dos

Nuestra pandemia expuesta



postales— es Juan Fernando Ospina. Hombre habituado a pulir las suelas de sus pisahuevos contra la superficie mutante de esta ciudad.

Desde antes del pistoletazo oficial que marcó el inicio de la “Cuarentena por la vida”, a mediados de marzo, ya él, agitado cazador furtivo, disparaba contra los primeros síntomas colectivos de que algo grande se acercaba.

Por eso, cuando la biblioteca lo llamó para encargarle una expedición sistemática a los efectos del tsunami pandémico en nuestra vida cotidiana, ya él estaba en marcha.

La pregunta era simple pero poderosa: ¿por qué esperar diez, treinta, cien años a que los preguntadores del futuro decidan rastrear los archivos, para saber qué fue lo que nos faltó registrar de aquel tiempo remoto en que Medellín recibió la visita de un coronavirus que le dio una palmada a la historia?

Sus zapatos, más desteñidos, lisos y perforados, podrían ser evidencia suficiente de que desde entonces no ha parado de andar por donde nuestros ojos no llegan. Pero si no, ahí está ya el par de decenas de miles de fotos que ha recolectado durante

todo este tiempo, y que desde ahora se resguardan en la Torre de la Memoria de Medellín, de la Biblioteca Pública Piloto.

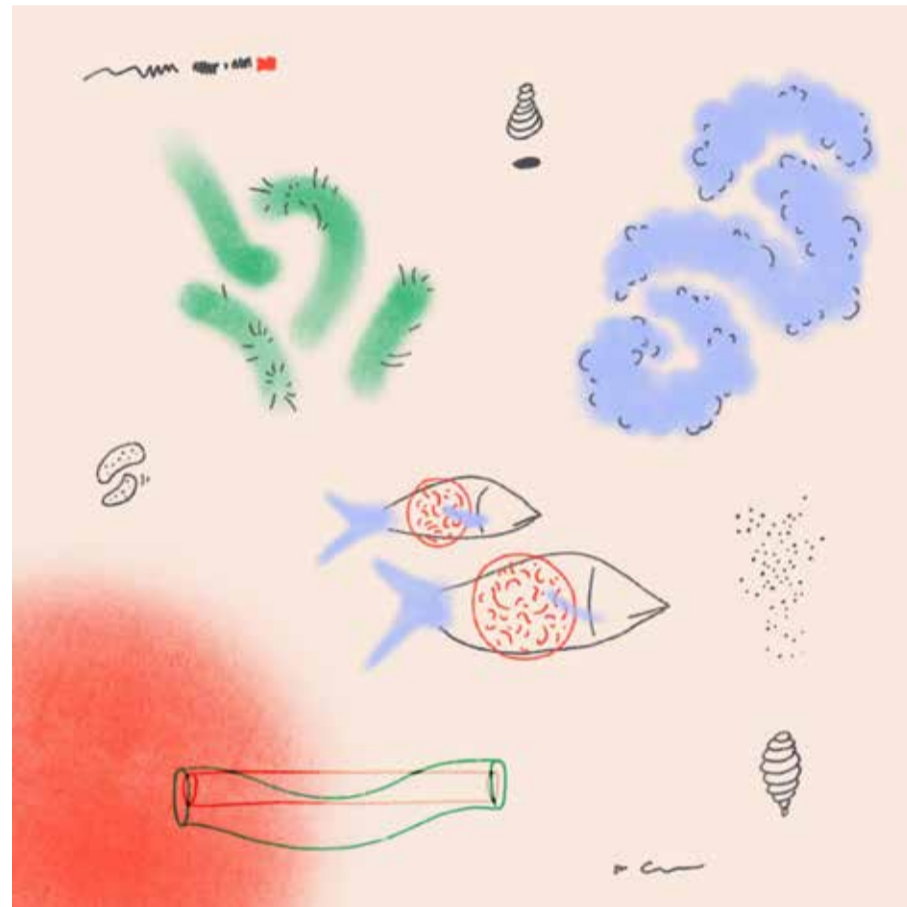
Una importante selección de este trabajo, estructurado por periplos de tiempo compartido, se puede navegar ya en los corredores y galerías de esta exposición: *Diarios inciertos*. Un proyecto digital de la Piloto y *Universo Centro*, con curaduría de Víctor Muñoz.

Porque “para hacer memoria no hay que esperar cien años”. Como bien lo dijo hace unos días este hombre de la cámara.

¿Vida extraterrestre?

La respuesta está en las nubes de Venus

por GUILLERMO CARDONA • Ilustraciones de Laura Mejía-Posada



El hallazgo de posibles indicios de vida microbiana en la atmósfera media de Venus es una noticia que debemos recibir como lo que es: todo un acontecimiento en desarrollo cuyo desenlace requerirá de dos a tres años de investigación y procesamiento de datos y, muy seguramente, de la presencia *in situ* de drones y otro tipo de *rovers* que analicen el asunto más de cerca, antes de conocer los resultados definitivos. Además, debemos verla como otra ventana que se abre para seguir en la búsqueda de algo que se da por descontado pero de lo que aún no tenemos ninguna evidencia: que tiene que haber vida por fuera de nuestro planeta.

Para el profesor Henrique Torres, astrónomo del Planetario de Medellín, la conclusión del equipo de la Universidad de Cardiff en el Reino Unido, responsable del proyecto, es clara y contundente en ese sentido: se requieren nuevas y mejores observaciones, mayor claridad sobre el fenómeno que produce esa constante presencia del fosfano en nuestro vecino planetario, para averiguar qué pasa, si es de origen bioquímico o fotoquímico; eso es lo que hay.

Y como para comenzar a aclarar el asunto asegura que la denominación “fosfina” que se ha utilizado en distintos medios para dar cuenta de la buena nueva es incorrecta. Este compuesto recibe hoy el nombre de fosfano, tal cual lo estableció la Unión Internacional de Química Pura y Aplicada (IUPAC, por sus siglas en inglés), responsable de

asignar y darle validez a los nombres de los compuestos químicos.

Estas normas se aplican a otros muchos como el dióxido de carbono, que reemplazó el término “anhídrido carbónico” que muchos hoy no recuerdan o no les tocó.

Total, debemos hablar de fosfano, ese gas altamente inflamable y fétido que en la Tierra se usó como arma no convencional en la Primera Guerra Mundial y que actualmente se produce a partir de reacciones químicas controladas como insumo para la industria de los semiconductores y los plásticos, y como insecticida en granos almacenados. Se sabe que en nuestro planeta tiene origen por medio de procesos abióticos en volcanes en erupción, en lo profundo de ciénagas y pantanos, pero no se conoce muy bien cómo se produce a nivel bacteriano; se sabe que huele mucho peor de lo que cualquiera se imagina y que está presente en el estiércol de los pingüinos así como en el estómago de los tejones y de algunos peces. Es volátil a los 38 grados centígrados. Y se degrada rápidamente en presencia de oxígeno.

Y para las concentraciones de fosfano que se detectaron en Venus, de veinte ppb (partes por mil millones), enfatiza el profesor Torres, a sesenta o setenta kilómetros de altura sobre la hirviente superficie del planeta, no hay un proceso abiótico, es decir, de origen no biológico, ni ningún otro proceso fotoquímico que pueda explicar tales cantidades de PH₃ en una atmósfera ácida y con altas concentraciones de oxígeno.

Justamente por su compleja producción química y su efímera presencia en un ambiente cargado de oxígeno fue seleccionado como biomarcador, entre unos dieciséis mil compuestos que consideraron los investigadores de este proyecto en el que participan científicos de la Universidad de Cardiff británica y del MIT norteamericano, pues su persistencia en el ambiente solo puede explicarse si hay una humilde bacteria produciéndolo constantemente; o más bien, miles de millones de humildes bacterias anaeróbicas (que viven en ausencia de oxígeno) excretando el compuesto cuando descomponen materia orgánica; y, cosa curiosa, dando como resultado un subproducto extremadamente tóxico, en especial para seres vivos aeróbicos (que respiran oxígeno).

Ahora bien, puede tratarse de otros procesos fotoquímicos o geológicos que desconocemos por completo y de los cuales no existen antecedentes, es decir, sea cual sea la explicación, no dejará de ser extraordinaria y hasta un NO rotundo a la vida extraterrestre con seguridad podría aportar luces para continuar, con mejores herramientas metodológicas, en esa apasionante búsqueda.

Pero, ¡cuidado! Si bien Venus es hoy el planeta más caliente del sistema solar (más de cuatrocientos grados centígrados en la superficie y una presión hasta cien veces superior a la de la Tierra), algunos estudios sugieren que durante dos mil millones de años tuvo un clima habitable, con agua líquida en su superficie. Mucho más tiempo de lo que

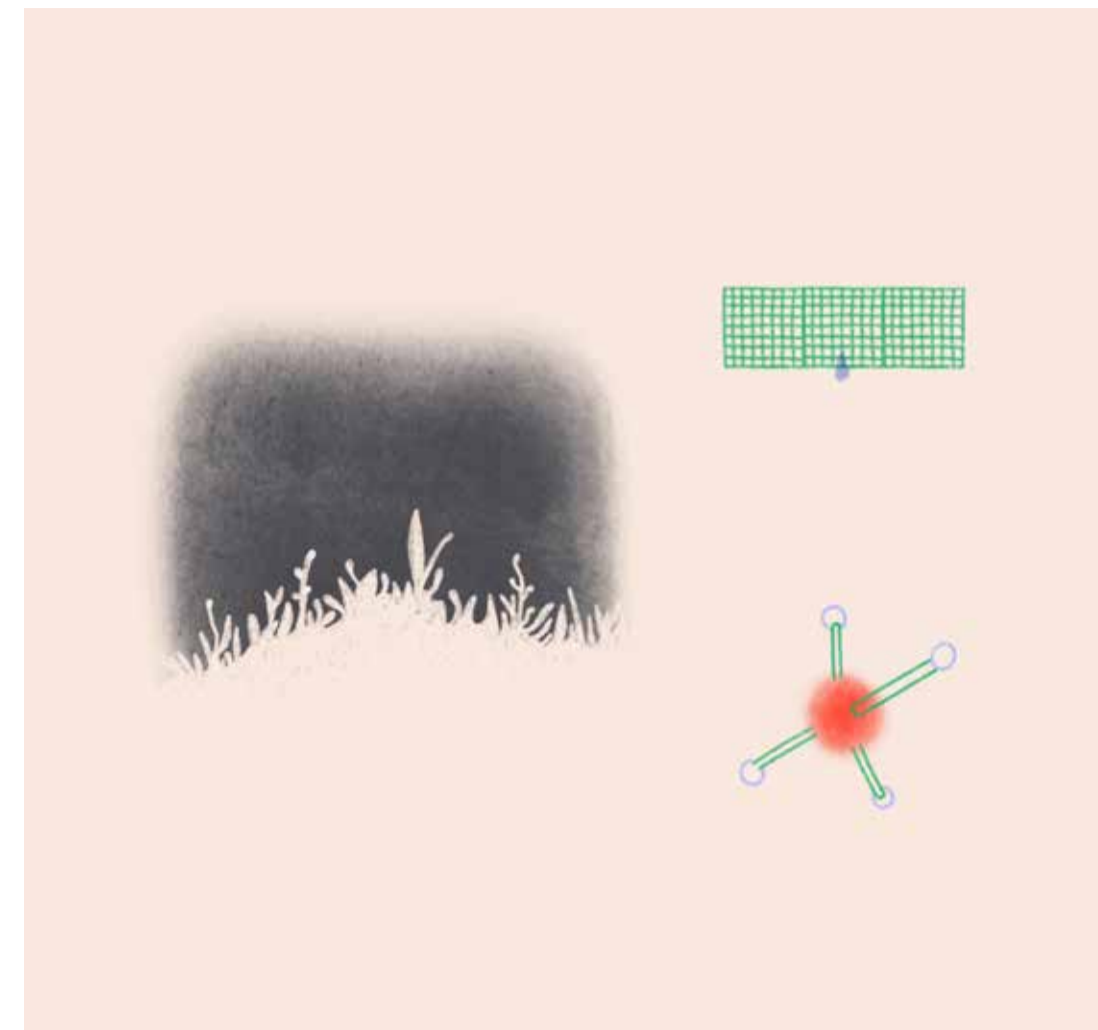
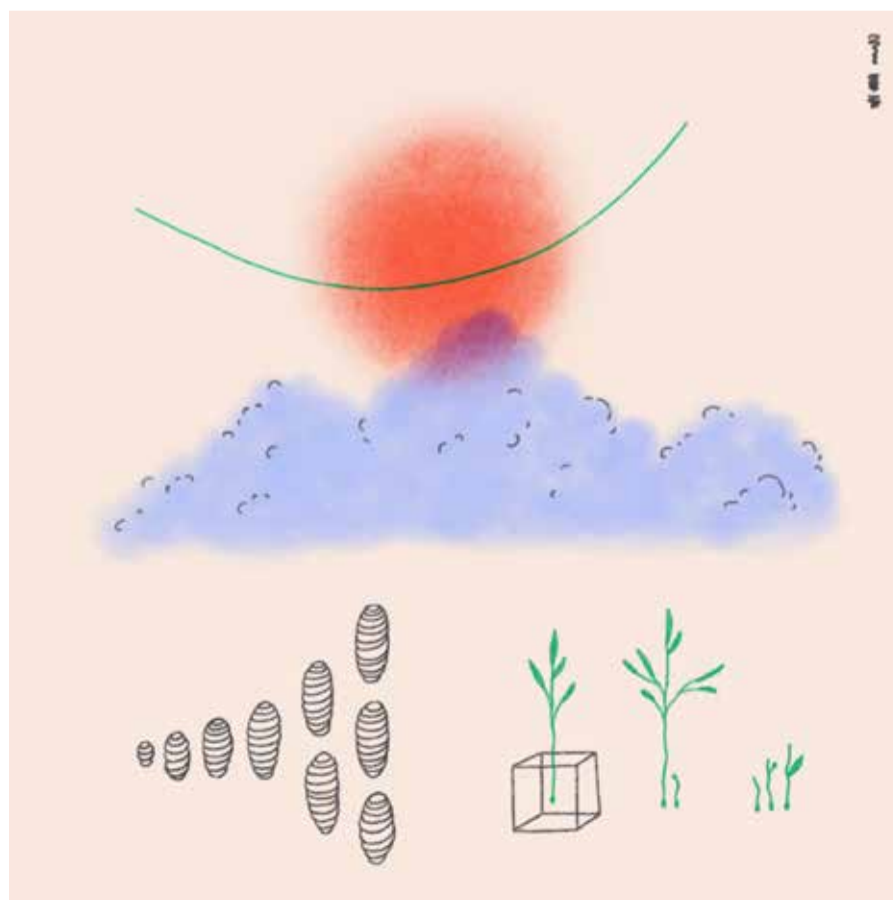
se estima en Marte, dice el profesor Torres. Y agrega que Venus tuvo tiempo de sobra para que prosperara la evolución, y la vida es resiliente y lo suficientemente porfiada como para adaptarse incluso a los cambios más extremos.

De hecho en la Tierra conocemos bacterias que pueden prosperar en condiciones muy ácidas, con altas temperaturas y grandes cargas de presión atmosférica, que se alimentan con dióxido de carbono y expelen ácido sulfúrico.

Una teoría que se renueva

La misma teoría de la habitabilidad de Venus no es nueva y el primero en sugerirla fue el famoso astrónomo y divulgador científico Carl Sagan, quien en 1967, en compañía del biofísico molecular Harold Morowitz, publicó en la revista *Nature* un trabajo titulado: “¿Vida en las nubes de Venus?”.

Según el profesor Torres, el estudio de Sagan especulaba sobre la posible existencia de esporas que flotaban en gotas suspendidas en ácido sulfúrico, pero cuando llegaron a Venus las naves Venera soviéticas en los años ochenta, encontraron unas condiciones tan extremas que la búsqueda en dicho planeta perdió popularidad. Las investigaciones siguieron en los planetas gaseosos, en las lunas de Júpiter y Saturno y, por supuesto, en Marte. Hoy, la exploración incluye exoplanetas en sistemas solares aún más distantes.



El fosfano como biomarcador

La científica Jane Greaves, astrónoma de la Universidad de Cardiff y autora principal de la investigación publicada el 14 de septiembre pasado en la revista *Nature Astronomy*, junto con otros colegas y colaboradores, asumieron como hipótesis que el fosfano debería degradarse rápidamente en atmósferas ricas en oxígeno, como las de la Tierra y Venus. Es decir, que su presencia era altamente significativa, partiendo de la premisa de que en la Tierra, cuando no es consecuencia de procesos industriales, es resultado de procesos microbianos.

En 2017 lograron las primeras observaciones, desde el telescopio James Clerk Maxwell, en Hawái. Y durante cinco mañanas distintas de junio, ella y sus astrónomos observaron y fotografiaron a Venus. Luego estas evidencias permanecieron olvidadas en un computador durante un año y medio. Según aseguró la doctora Graves a distintos medios de comunicación, ella pensó en hacer un último intento de analizar los datos antes de tirar todo a la basura, y fue entonces cuando vio una línea que cambiaría todas sus prioridades: “Había esta línea y simplemente no desaparecía, y parecía que ya no era imaginaria”. Se trataba de una franja del espectro que identifica al fosfano.

Pero solo fue en 2019 cuando los investigadores pudieron confirmar el hallazgo, utilizando un telescopio aún más potente: el Atacama Large Millimeter / submillimetre Array (Alma) ubicado en Chile, y que forma parte del Observatorio Europeo Austral (ESO). Alma reunió en pocas horas datos concluyentes: había más fosfano del que esperaban los científicos.

Y si tardaron en hacer el anuncio públicamente fue porque antes de atribuirle un origen biológico, los investigadores se pusieron a trabajar considerando lo que podría haber creado todo ese fosfano: volcanes en erupción, rayos, meteoros derriéndose en la atmósfera venusina o vientos huracanados que arrancan partículas de la superficie del planeta, pero ninguna parecía suficiente. Eso no significa que los científicos crean que han encontrado vida. Pero la posibilidad de pequeños seres a escasos cuarenta millones de kilómetros de la Tierra se ha vuelto gradualmente más posible, y los investigadores, enfocados en nuestro más cercano vecino planetario, consideran el asunto de la mayor importancia, así haya o no vida esperando ser descubierta.

Ahora, ¿qué es la vida?

Con la mira puesta en el fosfano y otros biomarcadores (agua, oxígeno, metano, carbono, temperatura y presión atmosférica moderadas), se han realizado estudios en nuestro entorno cercano y se han detectado más de cuatro mil exoplanetas, cien de los cuales se consideran aptos para albergar la vida.

Ahora, si vamos a buscar vida primero habría que tratar de describirla, sobre todo cuando enviamos

rovers y otros aparatos a constatarlo. ¿Cómo explicarle a un computador qué es la vida? Una respuesta que plantea un reto enorme para disciplinas como la biofísica o la exoastrofísica. ¿Cómo podríamos clasificarla? ¿Cuál debería ser su apariencia? ¿Encontraremos organismos basados en carbono o en silicio? ¿Qué bases nitrogenadas serían los ladrillos de su código genético y cómo se las arreglarían para fabricar proteínas?

Preguntas todas muy pertinentes pero nada fáciles de resolver cuando nuestro objeto de estudio está a millones de kilómetros de distancia.

La definición que por lo pronto más viene al caso es la que considera la vida como la capacidad de una entidad material de, mediante procesos físico-químicos, crecer, replicarse y transmitir sus rasgos por medio de los genes y la reproducción. Una definición más exigente afirma que un ser vivo —orgánico— debe poder absorber sustancias, reproducirse, moverse, segregarse y excretar.

Otra definición apunta que vida es una estructura de carbono diseñada para legar su ADN a los descendientes. Pero la vida podría prosperar también a través de enlaces de silicio, algo que para el profesor Henrique Torres es muy posible, pese a que el silicio tiene dos condiciones, o muy blando (como en la silicón en implantes y prótesis) o muy rígido, como en el cuarzo. En tales condiciones en la Tierra el silicio dio paso al carbono, pero en otros planetas, en otras condiciones, es perfectamente factible que el silicio diera lugar a estructuras orgánicas.

Un encuentro sin referentes ni antecedentes

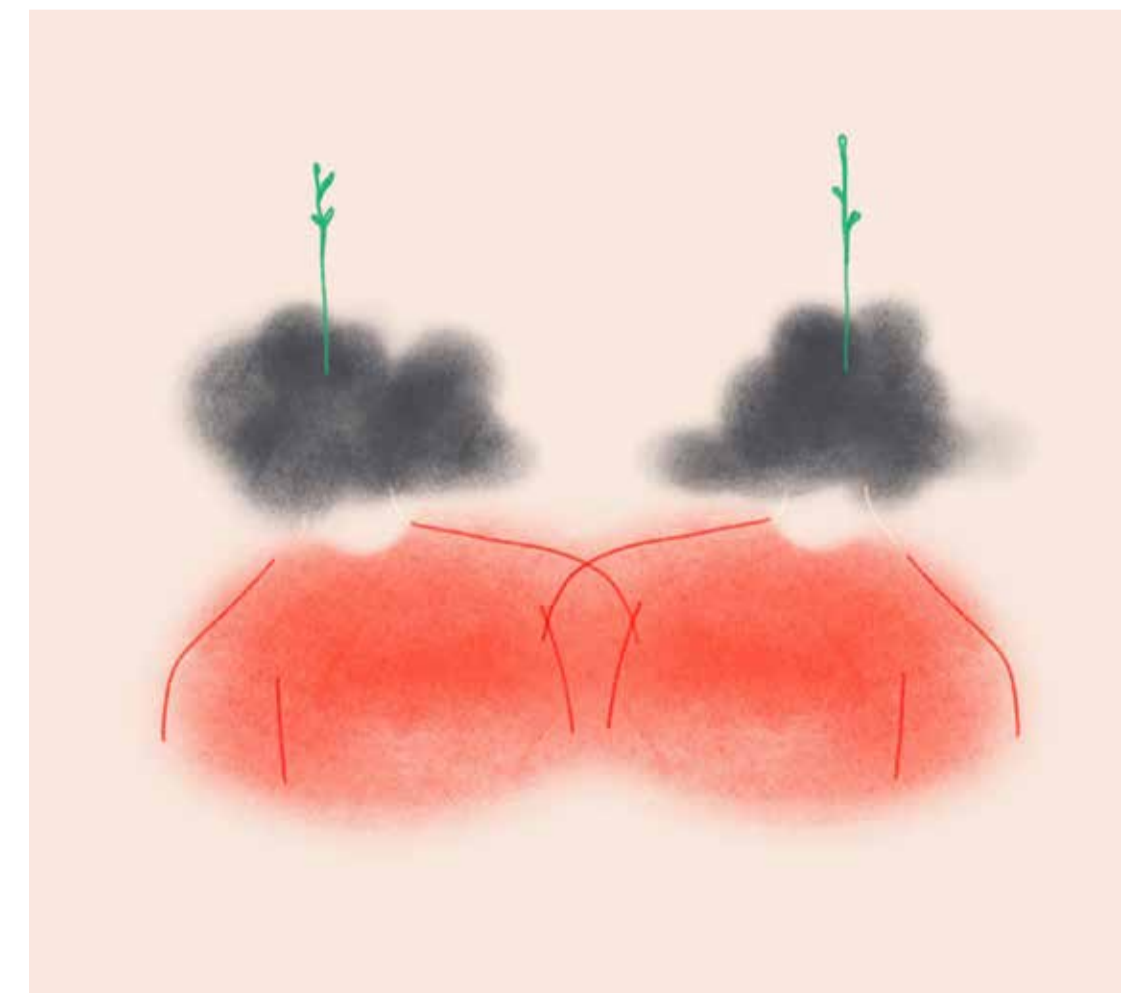
En cualquier caso, en la Tierra solo conocemos un tipo de vida. Algunas características son comunes a todos los seres vivos, así se trate de una bacteria, una planta o un ser humano: todos necesitamos agua líquida y nuestros organismos se sustentan en la química del carbono. Además de otros detalles insólitos, como que todos los aminoácidos sean levógiros, es decir, que giran en dirección contraria a las manecillas del reloj, tal cual gira nuestro planeta. Una cuestión que constituye un gran misterio, ya que no parece haber ningún motivo para que los aminoácidos dextrógiros no resulten igual de aptos.

Pero en otros lugares de nuestro sistema solar, bajo otras estrellas, las condiciones podrían ser distintas y aun siendo parecidas, generar a través de su propia evolución formas de vida muy distintas a las nuestras.

Sería iluso pensar que en otros lugares del Universo encontremos como aquí reino Monera (el de los organismos microscópicos y unicelulares); reino Protista (que comprende a los organismos microscópicos multicelulares conocidos como eucariotas); reino Fungi (que agrupa a los hongos comunes); y los reinos Plantae y Animal. O que los animales vayan a poderse clasificar en insectos, aves, reptiles, mamíferos. En vertebrados e invertebrados.

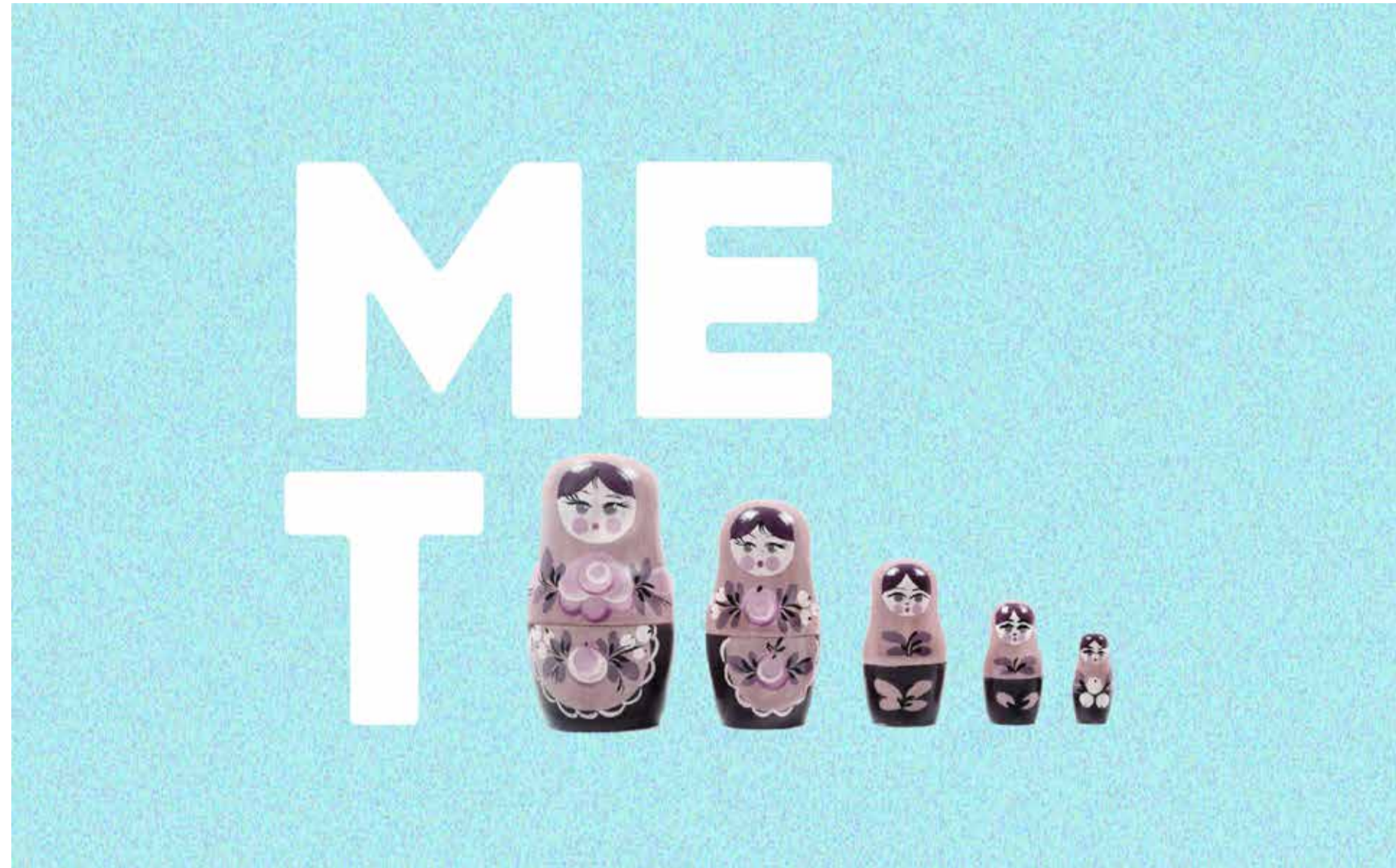
Cabe una pequeña probabilidad de que sí, pero lo más seguro es que no. Y que a la hora de mirar de frente un ser vivo proveniente de otro planeta o de otro sistema solar, a lo mejor sus profundas diferencias nos permitan ver simplemente que somos iguales.

Por el momento estas disquisiciones no pasarán de ahí, y es posible que lo que nos encontremos sea todavía más alucinante u horroroso. A lo mejor nuestro planeta más cercano nos dé una primera pista pero, entre tanto, la vida o lo que sea que ocurra para mantener una presencia constante de fosfano en su atmósfera seguirá oculto bajo las nubes de Venus. ☺



#NotMe (¿O sí?)

por ANA CRISTINA RESTREPO JIMÉNEZ • Ilustración de Cesárea Tinajero



I. Seducción

Mami, ¿qué quiere decir seducir? —pregunté tan pronto me monté al carro después de pasar la tarde con mis tías.

—¿Dónde oíste esa palabra?
—Mi tío le dijo ahorita a un señor con el que estaba viendo fútbol: “No trates de seducir a mi sobrina”.

Yo tenía once años.
“Cuando un hombre trate de hacerme algo que no quieras, tírale lo que encuentres a la mano, amorcito. Ellos son muy fuertes”, desde la adolescencia oí esas palabras de mi abuela.

Sin haberme graduado del colegio, ya había obedecido su consejo: en un paseo a una finca, mientras todos estaban en la piscina y yo me ponía el vestido de baño, un amigo de mi novio entró al cuarto sin tocar la puerta. Terminaba de hacerme una trenza frente a un espejo y, cuando menos pensé, tenía al tipo encima. Seguí la instrucción de mi abuela, un teléfono inalámbrico voló sobre la cabeza del tocón. Grité. Mi novio oyó, subió, se agarraron a puños y el tropel culminó con un jadeante: “¡Pa que aprendás a respetar lo que no es tuyo!”. Cuando le conté a mi barra del colegio, dos amigas celebraron que yo le “gustara” al agresor —un popular rockero, hoy académico—.

Ya había pasado el último capítulo de la telenovela *Leonela*, la historia de una mujer enamorada del “ladrón de su amor”... un violador.

Años después, viajé a estudiar en Filadelfia, Estados Unidos. En la charla

introductoria, exclusiva para mujeres, nos entregaron un silbato para alertar en el campus universitario por si se presentaban agresiones sexuales. Nos recomendaron no recoger el pelo en cola de caballo (propicia el agarre y dominio del violador) y evitar la soledad en caminatas nocturnas o al bajar al sótano para lavar la ropa.

Más tarde, entré a trabajar en *El Colombiano*. Durante años, mi compañera de cubículo fue Margaritainés Restrepo Santamaría. Ella y otras grandes periodistas como Lucía Teresa Solano y Marta Hoyos parecían interpretar el lenguaje no verbal de las primíparas, tan pronto detectaban que nos sentíamos incómodas con algún señor en la sala de redacción llegaban al rescate con cualquier excusa, desde una chiva periodística hasta una galleta. En algunos turnos nocturnos de fin de semana, mi novio hacía “la queda” a mi lado, yo misma le pedía que me acompañara por miedo a un colega (un personaje que me llegó a perseguir hasta en el baño de mujeres). Eran los años noventa, no existían canales ni intenciones de denuncia. Nunca consideré que sucedía algo grave. Solo sentía temor. Y asco.

Yo solía decir que jamás me habían acosado. Recuperé estos recuerdos después de largas charlas sobre el movimiento #MeToo con Paula Jaramillo (gestora cultural y presentadora de televisión) y, hace varios meses, cuando Jesús Abad Colorado (con quien trabajé en *El Colombiano*) me preguntó en una conversación telefónica: “Ani, ¿de verdad a vos nunca te acosaron?”.

II. Nudo

Mi colega y amigo Alberto Salcedo Ramos —uno de los periodistas más galardonados en la historia del periodismo colombiano— ha sido señalado por acoso y abuso sexuales. Dos de las denuncias, públicas, fueron radicadas en la Fiscalía.

¿Por qué me interesan los casos que han implicado a algunas amigas (denunciadas) pero hasta ahora nunca a un amigo (denunciado)?

Previo al auge del movimiento #MeToo, la reportería sobre embarazo adolescente me permitió entender que la violencia sexual no necesita cuchillos ni pistolas: basta con el miedo que instala el patriarcado.
Después comencé a cubrir el acoso sexual en entornos laborales y académicos. Con abogadas feministas, cursos de género (con Clacso, por ejemplo), el estudio del manejo periodístico de #MeToo en *The New York Times*, a cargo de Rebecca Corbet (con quien conversé en el Festival Gabo), y en el ejercicio de mi profesión sigo aprendiendo.

Mi motivación más profunda surgió de mi amiga íntima, periodista, abusada sexualmente en un hotel por quien fuera su jefe, uno de los hombres más poderosos de Colombia. Ella hizo público el caso pero no reveló la identidad del criminal (la apoyo en su reserva, incondicionalmente). La rabia y la impotencia me enseñaron lo esencial: creerles a las mujeres, respetar sus silencios, proteger su dignidad.

Ahora, el escrache.
El origen de la palabra no tiene relación con la exposición de agresores sexuales. Surgió en Argentina durante

las protestas de los hijos de víctimas de genocidio tras el indulto otorgado por Carlos Menem. El feminismo después se apropiaría del término que significa rasguñar. Catalina Ruiz-Navarro y Matilde de los Milagros Londoño, en *Volcánicas*, y *Las Igualadas*, con Mariángela Urbina y su equipo, han posicionado en nuestro medio esa forma de publicación del acoso y el abuso sexual. Este formato de opinión parte de la premisa de que en las sociedades machistas, con leyes diseñadas para la perpetuación del patriarcado, las mujeres deben tener la voz predominante. La fuente de contraste puede o no ser incluida; por ejemplo, en el caso del abuso sexual por Vanesa Restrepo, exreportera de *El Colombiano*, *Las Igualadas* no consultaron la versión del denunciado, Juan Esteban Vásquez. La Fiscalía está a cargo.

El escrache, combinación de activismo y periodismo, no es la única forma de abordar la violencia sexual en los medios de comunicación.

Yo no me imagino haciendo algo distinto al periodismo, y aspiró a ejercer siempre desde las convicciones del feminismo: les creo a las mujeres y, a la vez, considero cruciales los procesos de contraste y verificación, la ortodoxia periodística. En casos de acoso y abuso sexual no trabajo con denuncias anónimas (anonimato no es sinónimo de identidad protegida). Puesto que casi nunca quedan huellas de los hechos, el periodista por lo menos debe saber suficiente sobre la fuente, el origen del relato. Y, por supuesto, está obligado a proteger su identidad.

Los protocolos de la Fiscalía General de la Nación arrojan claves sobre los retos del #MeToo no solo por la recopilación de elementos materiales probatorios y evidencia física, sino por las posibles relaciones de poder entre victimario y víctima. También es problemático comprobar algo tan íntimo como el consentimiento, pero la mayor dificultad radica en esquivar los prejuicios sociales asociados a las mujeres y sus libertades, lo cual lleva a que investigadores judiciales y periodistas desprecien la narración de las víctimas, nieguen el carácter criminal de ciertas conductas o las justifiquen.

¿Es Alberto Salcedo Ramos responsable?
Su responsabilidad no la determina ninguna amiga, ni periodista, ni lector: se tramita ante instancias judiciales.

Si algunas denunciadas no iniciaron un proceso legal, tanto él como otros hombres señalados por causas similares podrían empezar por tratar de detectar los errores cometidos y resarcir el daño (deliberado o involuntario, con premeditación o torpeza) en la medida de lo posible.

Por mis principios, les creo a ellas. Por mis principios, no niego a mis amigos. En el caso de Salcedo Ramos tengo dos claridades: mi voz tiene un sesgo (no sería ético ni periodístico de mi parte tomar partido, tampoco sería justo que se me obligue a señalarlo. Con mis compañeras de *Blu Radio*, en reiteradas oportunidades, he informado al aire sobre este caso. Lo seguiré haciendo); y segundo, él pertenece a una generación que consideraba “tolerable” lo que hoy con toda la razón es inaceptable: es un asunto generacional que no justifica las acciones de nadie pero sí desvela su origen.

El #MeToo no puede continuar a tres hogueras: de víctimas, de denunciados, de periodistas.

¿Podemos aprender en comunidad para sanar esta sociedad patriarcal?

III. Desenlace

Después de siglos de naturalización social de lo insufrible, movimientos necesarios como #MeToo y #TimesUp plantean tres riesgos: los extremismos, la ceguera y el ruido.

Los extremismos: en enero de 2018, en el texto “¿Soy una mala feminista?”, Margaret Atwood respondió a las críticas por haber firmado una carta de rechazo al proceder de Universidad de Columbia Británica ante las acusaciones de agresión sexual contra el profesor Stephen Galloway. La institución había publicado las denuncias en los medios masivos antes de que comenzara la investigación formal y el señalado pudiera conocer los detalles de la acusación. La novelista escribió: “Si se pasa por alto el sistema legal porque se considera ineficaz, ¿qué ocupará su lugar? ¿Quiénes serán los nuevos agentes de poder? No serán las malas feministas como yo. No somos aceptables ni para la derecha ni para la izquierda. En tiempos de extremos, los extremistas ganan. Su ideología se convierte en religión, cualquiera que no sea marioneta de sus puntos de vista es visto como un apóstata, un hereje o un traidor, y los moderados en el medio son aniquilados. Los escritores de ficción son particularmente sospechosos porque escriben sobre seres humanos y la gente es moralmente ambigua. El objetivo de la ideología es eliminar la ambigüedad”.

La ceguera: cuando la jueza del Tribunal Supremo de los Estados Unidos Ruth Bader Ginsburg buscaba la aprobación de su nominación ante el Senado, rindió tributo a su profesor en Cornell, Vladimir Nabokov: “Cambié la manera como leo y como escribo cuando me dijo que las palabras pueden pintar cuadros”. RBG reconoció el valor artístico y perenne del autor de *Lolita*, invisible ante los juicios moralistas.

El ruido: ¿Acaso la sobreexposición de acoso sexual en los medios puede convertirse en ruido? Una fotógrafa denunció que durante una cita con el guionista Aziz Ansari (creador de la serie *Master of none*) fue víctima de un comportamiento sexual inapropiado. En múltiples espacios acusaron a la mujer de reaccionar a destiempo.

La psicóloga Violeta Alcocer, habló en *El País* de España sobre las situaciones de “acorralamiento”: “En el momento en que ese hombre se comporta de una forma que claramente traspasa los límites, entras en un estado que los psicólogos llamamos disonancia cognitiva. Sucede cuando tienes que gestionar dos pensamientos-emociones contradictorios sobre el mismo hecho: Este chico me parece adorable y por eso he venido hasta aquí, pero se está comportando como un violador, esto no me cuadra”.

Cuando el miedo y la fuerza física se imponen, ¿cómo vencer en tiempo real el “acorralamiento”? ¿Cómo incorporar el sentido de nuestra “agencia” en esta conversación?

Mi abuela levantó a sus hijos trabajando entre señores encorbatados. Sin la más mínima noción de feminismo, jamás cedió terreno a los juegos del “hazte desear” o “el hombre propone y la mujer dispone”.

No quiero que mi hija tenga que defenderse a la fuerza. Ni que un colega la persiga hasta en los baños. Ni que su jefe la viole en un hotel. Tampoco quiero que le tema al cortejo.

Quisiera tatuar en la memoria de mis hijos (dos hombres y una mujer) dos reglas de oro del enamoramiento: El “no” de una mujer jamás es negociable. Mezclar borrachera y sexo es una pésima idea: si resulta bien, es muy probable que se olvide al día siguiente (¡ay, qué pesar!). Por el contrario, cuando resulta mal, se recuerda el resto de la vida...

El ritual de la seducción, siempre iniciático, obedece a los instintos más básicos y rinde cuentas ante el sentido común. ©

Dona y ayúdanos
a llevar servicios veterinarios

gratuitos de calidad

a comunidades
apartadas del país

Escanea el código QR desde tu app de Bancolombia y dona fácilmente



RED DE AYUDA
A LOS ANIMALES



info@corporacionraya.org E-mail

3176604522 Cel / WhatsApp

@corporacionraya Instagram

@corporacionraya Facebook

@somsraya Twitter

@corporacionraya YouTube

Patricia Fuenmayor
Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

exlibris.com.co
Libros, café y comida :
3003628240 (y en rappi)
Seguimos leyendo



itaca
Gastronomía personalizada
Embutido artesanal
HACEMOS DOMICILIOS en Medellín
TODOS LOS DÍAS De 12 m a 4 pm
CEL. 3207908977



PIZZERIA CENTRO
Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Domicilios en el centro a través de Domicilios.com

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA
DOMICILIOS EN MEDELLÍN
Tel.: 2302522

Restaurante **EL ÁRBOL DE LA VIDA**
Comida Natural



ALMUERZOS PRODUCTOS ARTESANALES Y OTRAS DELICIAS
BUN·DI PUNTO ORO DESDE EL COMERCIO DE Pascasia
LUNES - SÁBADO 11AM - 3PM
3045565713 @BUN_DI.2



CIUDAD CAFÉ
CHARCUTERIA - BAR
PARA LLEVAR A CASA
CHARCUTERÍA ARTESANAL - SODAS Y COCTELES - ALIMENTOS CONGELADOS
Adquiérellos en nuestro local en el barrio Carlos E. Restrepo o a domicilio para todo Medellín
Pedidos al WhatsApp: 300 616 51 15 3006132256



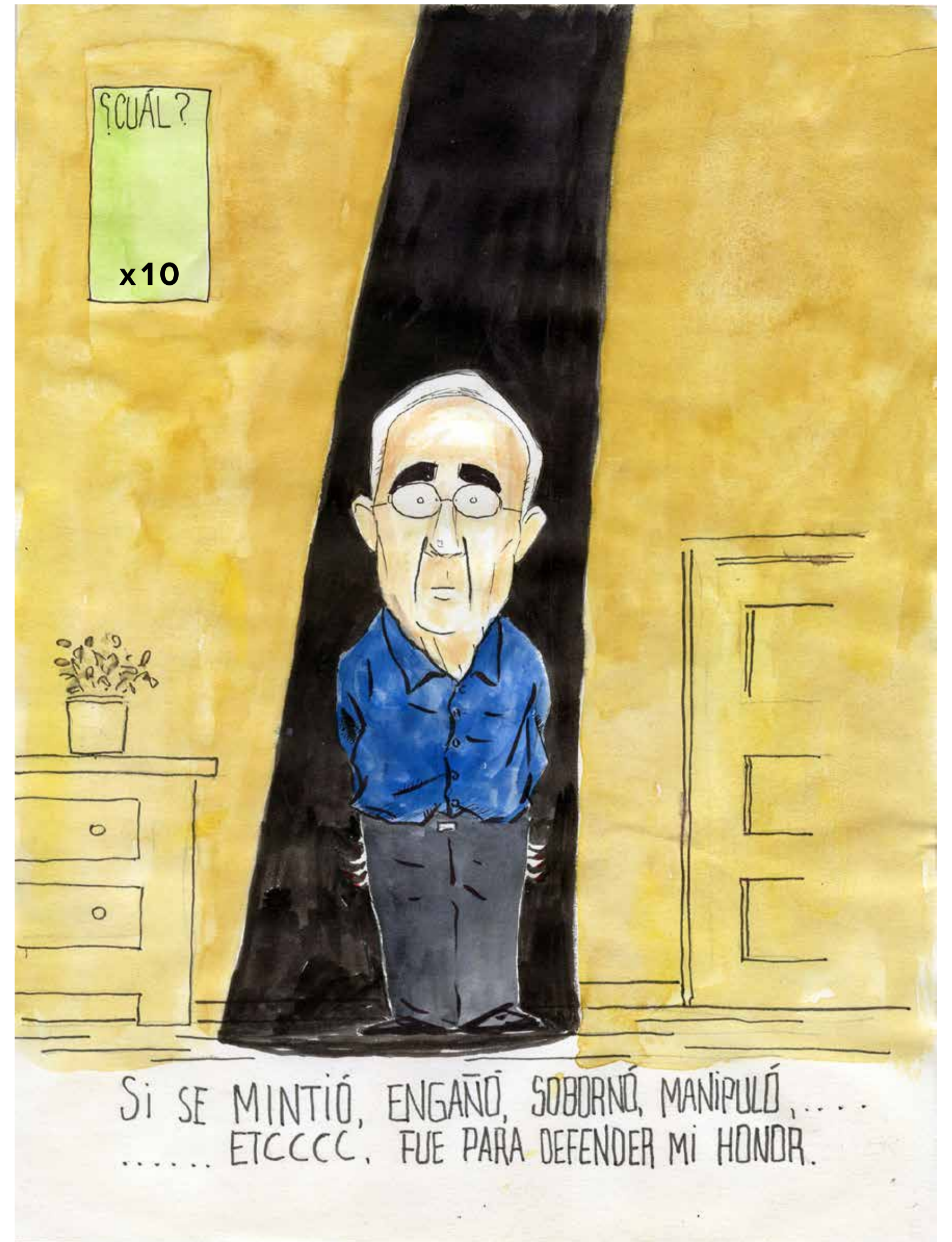
HACEMOS DOMICILIOS, NO HAWAIIANAS.
Cll 49ª #64-58 | 230 56 02 | www.dueamici.co
Temporalmente sólo domicilios de pizzas. De Martes a Domingo a partir de las 5pm.



SABORES DE **ARIS**
RESTAURANTE
CARRERA 50 # 59-13 • TEL. 584 22 23
Restaurante Gourmet
Servicio a Domicilio 3148457974



HAY PIEDRAS CON LAS QUE VALE LA PENAS TROPEZARSE MÁS DE UNA VEZ
OPALO bistró
TRAGOS / CAFÉS / MERIENDAS
ABIERTO DE LUNES A DOMINGO DESDE LAS 4:00 PM
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54-58

cinéfagos.net | 15 años
Crítica de cine, cine colombiano, nuevos medios, cómics, artículos y ensayos.
f /cinefagos.net @cinefagosnet



Foto: @arianne.clement.photography

Años para devolver amor

Tiempo para cuidarse

Es realizar ejercicios de respiración que ayudarán en caso de contraer COVID-19.

    
www.comfama.com

#Cuidarte
EsCuidarnos

comfama

Visita www.comfama.com SuperSubstato